

# CRISTIANIDAD



# 72

## RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO IV  
15 MARZO  
1947

Continuando la serie de los números dedicados a Pío IX nos vamos acercando cada vez más a los momentos culminantes

de su pontificado en cuanto estos momentos vienen a ser como el coronamiento con que la voluntad firme y decidida del gran Papa selló la arriesgada ejecutoria de su reinado.

La confección y publicación del **«Syllabus»** marca un hito en la vida de la sociedad moderna, delimitando los campos en que sordamente se venía luchando desde buen tiempo atrás. En otros números hemos tenido ocasión de comprobar hasta qué punto las revoluciones francesas son el origen inmediato de este odio y de esta persecución contra la Iglesia que no tiene parangón en la historia.

La Restauración monárquica en Francia con Luis XVIII no hizo más que confirmar y colocar en un estado de consumación a muchas de las instituciones revolucionarias, hasta tal extremo que no era difícil encontrar casos de flagrantes desviaciones dentro de ilustres círculos católicos franceses. Este es por ejemplo el caso del conde de Montalembert.

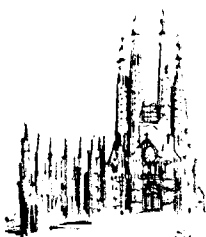
Ante tal confuso estado de cosas pensóse en la urgente necesidad de hacer un recuento de los principales errores que, fruto del liberalismo, se sostenían en aquel tiempo y que redundaban en un gravísimo quebranto de la sociedad. Y en esto consistió el **«Syllabus»**. Tomó parte activa en las controversias suscitadas antes de la publicación de tal documento nuestro insigne Donoso Cortés y el mismo Papa solicitó su valiosísima colaboración, después de haberle felicitado y bendecido años antes con motivo de la publicación de su **«Ensayo»**, obra que entraba de lleno en la discusión y atacaba de frente el problema, llegando hasta su mismo nudo.

A esto dedicamos el presente número.

El Editorial, por su parte, conmemora la festividad de San José, y lleva por título: **«San José, modelo de luchador contra el comunismo ateo mundial»**.

Siguen los artículos:

**Donoso Cortés y el «Syllabus»**, por Luis Ortiz y Estrada (págs. 123 a 126); **El «Syllabus» y su época**, por Domingo Sanmartí Font (págs. 127 y 128); **¿Es lícito transigir con los principios del liberalismo?**, por S. M. (págs. 128 y 129); **Y el «Ensayo» hizo explosión en París, I**, por Marsal de Figuerosa (págs. 130 a 134); **De lo que es el «Ensayo» y la lección que nos da**, por Fernando Serrano y Misas (págs. 134 y 135); **Política de principios y política de realidades**, por C. Rovira (págs. 136 y 137); **Bandera de contradicción**, por Luis Creus Vidal (págs. 138 a 140); **La lucha contra el comunismo**, por José Oriol Cuffí Canadell (págs. 141 a 143); **A propósito del libro «El trabajo y el hombre»**, por Jaime Bofill (págs. 143 y 144).



# CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL



## *Suscripción:*

Anual . . . . .	70'00 ptas.
Semestral . . . . .	35'00 "
Trimestral . . . . .	18'00 "

**Número ordinario 3'00 ptas.**

*Adquiera la obra*

*del*

*Dr. D. Félix Sardá y Salvany*

## **El Liberalismo es pecado**

PIDALA EN NUESTRA ADMINISTRACION

Precio especial para nuestros suscriptores:

===== **3 ptas. ejemplar** =====

# CRISTIANDAD

NÚMERO 72 - AÑO IV

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446

BARCELONA

15 Marzo de 1947

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 25675

MADRID

## San José, modelo de luchador contra el comunismo ateo mundial

*«Y para asegurar la «paz de Cristo en el Reino de Cristo», por todos tan deseada ponemos la gran acción de la Iglesia Católica contra el comunismo ateo mundial bajo la égida del poderoso protector de la Iglesia San José.» (Pío XI, Enc. «Divini Redemptoris».)*

*La gran acción de la Iglesia Católica contra el comunismo mundial se desarrolla desde el 19 de Marzo de 1937 bajo la protección del manso y humilde carpintero de Nazareth.*

*Y nos preguntamos hoy: ¿A qué puede obedecer esta designación de la Iglesia? Porque, ¿no podría parecer tal vez más lógico que para tal acción se hubiera buscado a un protector más bélico, San Jorge, San Mauricio o Sebastián?*

*Y por otra parte, ¿qué relación puede tener la vida de San José con la lucha anti-comunista? ¿Cómo un Santo que no realizó ninguna gesta de las llamadas heroicas y cuya vida transcurrió ignorada de sus propios conciudadanos, puede tener valor especial para los católicos de hoy enzarzados en la tremenda batalla contra el comunismo?*

*Nos parece interesante contestar a algunos de estos interrogantes en estas fechas en las que la Iglesia celebra, a la par que la festividad de San José, el décimo aniversario de la Encíclica «Divini Redemptoris».*

\* \* \*

*Es obligación de los Estados luchar contra el comunismo ateo y algunos lo han hecho así efectivamente, empleando en la contienda toda la fuerza de su maquinaria estatal: organización policiaca, ejército, diplomacia...*

*El Estado debe combatir al comunismo por imperativo de su obligación de procurar el bien común de sus súbditos, cuidando de no infringir en sus métodos represivos los dictados del derecho natural y procurando que cuando su acción coercitiva recaiga sobre hombres, los órganos de la Administración pública los traten como a auténticas personas humanas, con derechos inalienables anteriores y superiores al Estado y con un destino eterno merecedor del trato y consideración de hijos de Dios y hermanos nuestros.*

*El anticomunismo no justifica toda actuación estatal y a este respecto debemos recordar que en las proposiciones condenadas en el «Syllabus» en sus epígrafes 39, 56 y 59, se basan todos los desafueros que el Estado comete sobre la persona humana al reprimir su actividad.*

*Dichas proposiciones son las siguientes: «El Estado como origen y fuente que es de todos los derechos, tiene derecho sin límites.» «Las leyes de las costumbres no necesitan sanción divina, ni en manera alguna es menester que las leyes humanas sean conformes al Derecho Natural, ni que de Dios reciban la fuerza de obligar.» «El Derecho consiste en el hecho natural y todos los hechos humanos tienen fuerza de Derecho.»*

*Aun cuando ofrezca el mayor interés el estudiar cual debiera ser la conducta del*

Estado en la lucha anticomunista a la luz de las enseñanzas pontificias, no obstante no pretendemos ahora realizar este estudio y al objeto que ahora perseguimos bastarán por lo que hace al Estado y la acción anticomunista los párrafos anteriores.

La acción del Estado por sí sola no puede terminar con el comunismo. Ni los más poderosos ejércitos ni la más organizada policía pueden con sus exclusivos medios, detener el avance comunista.

Bien claro lo dijo S. S. Pío XI: «Querer obtener el fin (la derrota del comunismo) con medios puramente económicos o políticos, es quedar a merced de un error peligroso», porque «ni la fuerza aún la mejor organizada, ni los ideales terrenos, por más grandes y nobles que sean, pueden dominar un movimiento que tiene sus raíces precisamente en la demasiada estima de los bienes de la tierra.» (Enc. «Divini Redemptoris».)

Es decir — y llegamos con ello a la médula del presente «Editorial» — que las armas contra el comunismo debemos forjárnoslas nosotros mismos, para ser con ellas asimismo nosotros quienes asestemos los más contundentes golpes.

Si en el pecho de los ciudadanos anida el rencor, la envidia el orgullo o el amor desmedido a los placeres y riquezas, bien poca eficacia surtirán las medidas que unos gobernantes conscientes de su responsabilidad puedan adoptar para combatir al comunismo, que por el contrario se verá fomentado por los que dada su posición social son blanco de las miradas de las clases más en peligro de incidir en el comunismo.

Y es que ha ocurrido que el actuar valiente de un Estado en la brecha anticomunista ha inducido a muchos individuos a la errónea creencia de que ya a ellos no les correspondía luchar, inhibiéndose del combate.

Contrariamente a todo ello, es absolutamente necesario para el exterminio del comunismo, que sea cada individuo el que actúe. Buen número de páginas de la Encíclica contra el comunismo ateo se dirigen a enseñar acerca de cómo debe actuar el católico.

En esta lucha deben esgrimirse armas muy distintas de las que a primera vista podrían ser preconizadas. Para combatir al enemigo exterior es preciso revestirse interiormente de fortaleza y ello será únicamente posible cultivando el sobrenaturalismo cristiano.

Y por lo que respecta al comunista, alejemos de nosotros el odio a su persona, pero — y esto no se hará nunca bastante — quitémosle pretextos o razones para su odio a la sociedad, viviendo como verdaderos cristianos.

No es en el terreno de la ametralladora o del campo de concentración que debe plantearse la lucha contra el comunismo, sino en el del perfeccionamiento de nuestra persona, volviendo a una vida más modesta, renunciando a los placeres, olvidándonos de nosotros mismos, desprendiéndonos de nuestras riquezas

\* \* \*

Es precisamente cuando se eleva el nivel del anticomunismo hasta este plano superior, cuando nos damos cuenta de que el Santo Carpintero de Nazareth tiene algo que ver en la lucha con el comunismo. Porque el orgullo y el materialismo no han de ser vencidos sino por la humildad y la fe. No es superior al sanguinario comunista el anticomunista igualmente agresivo, obsesionado por el odio e idénticamente materializado. Y la victoria sólo corresponderá en esta lucha al mejor. San José es el modelo cabal del verdadero anticomunista, del Hombre que por sus virtudes está llamado a derrotar al comunismo ateo mundial.

¡San José, varón de fe, justo, humilde, desprendido de las riquezas! ¡Qué bien comprendemos ahora el profundo significado de tu designación como Patrono de la lucha anticomunista!



Que la Iglesia católica sea públicamente reconocida como principio de vida y de salvación de la sociedad moderna.

Que se acomode a las normas cristianas la condición de los obreros y de los agricultores.

(Intención correspondiente al mes de marzo)

# Donoso Cortés y el «Syllabus»

Nos vamos acercando al año del primer centenario de la publicación del *Ensayo* estampado a la vez por las prensas de Madrid y París en 1851. Con el objeto de atraer la atención de la juventud estudiosa hacia la obra y el autor nos proponemos dar cuenta de algunos particulares que a ellos se refieren, particulares harto olvidados de las generaciones actuales a pesar del interés y gran valor aleccionador que tienen. No se trata de descubrir cosa tan a la mano como es el *Ensayo*, ni figura tan atrayente y conocida como la de Donoso. Las cosas olvidadas de que nos proponemos hablar enriquecen no poco la gloria de nuestro autor y renuevan, multiplicándola, la gran vitalidad de la obra iniciada en aquella serie de grandes discursos, prólogo del *Ensayo*, obra que no ha sido estéril ni mucho menos. Es el *Ensayo*, leído con verdadera pasión por nuestros padres, un antecedente necesario de la Cruzada de liberación, como lo es *El liberalismo es pecado* de Sardá y Salvany. Si estos dos libros de combate no hubieran sido pasto espiritual de los católicos militantes de la generación que nos ha precedido, no tendría explicación una tan pujante reacción del pueblo español.

Esto no obstante, preciso es hacer notar que se ha olvidado demasiado el *Ensayo*, como se olvida también *El liberalismo es pecado*, cuyas respectivas historias tienen un asombroso paralelismo. Se han olvidado en la sustancia de su doctrina, restando eficacia al propósito de sus autores que las escribieron tratando de encender al rojo vivo el catolicismo español, haciéndolo militante al servicio de la verdad, como lo ha sido en sus épocas de esplendor. La influencia de Alemania, en donde Donoso ha estado de moda, pesa demasiado en no pocos españoles y les hace entenderlo a la alemana. Pesa tanto, que alemán ha sido quien ha ordenado, anotado y prologado a la alemana la reciente colección de las obras completas de nuestro autor. El valor sustantivo de la obra de Donoso no está en la sublime grandilocuencia de su estilo majestuoso, ni en lo certero y profundo de su crítica o en los atisbos proféticos que brotan a cada paso de su certera pluma; todo ello, muy bello y adecuado para hacernos estimar su obra, es accidental. Lo esencial, aquello que nos importa recoger y asimilar convirtiéndolo en sustancia de nuestros pensamientos y timón de nuestras acciones, está en la médula de su doctrina, aunque muchos, y entre ellos sus modernos editores, traten de desviar nuestra vista hacia lo otro. Es incómoda y no agrada la santa intransigencia de la verdad predicada por Donoso en todas las páginas de su obra excelsa. En ella se encuentran el fruto de su conversión y la razón de que manejara la pluma con el acierto que le mereció la elevadísima estima en que le tuvieron aquel gran Pontífice que se llamó Pío IX y la cristiandad entera.

El estudio de Donoso en su verdadero sentido se hará siempre con excelentes resultados en beneficio de las causas de Dios y de la patria a las que todos estamos tan obligados. Y ofrece el aliciente de encontrarse en él con noticias ignoradas que aumentan con quilates de subido valor el elevado mérito de una obra que honra al catolicismo español que la dió vida. Al acercarnos casualmente a sus aledaños tropezamos nosotros con uno de estos datos, ignorado hasta hoy, y mucho hemos de equivocarnos si no es punto de partida de investigaciones que den resultados de mucho aprecio en la oportuniísima ocasión del ya pró-

ximo centenario: Donoso fué invitado a colaborar en el famosísimo *Syllabus* de Pío IX, cuando en los primeros momentos la Comisión competente pedía para aquella trascendentalísima obra el auxilio de los prelados más eminentes de la cristiandad; esta consulta dió origen a uno de los mejores frutos donosinos, quizás aún de mayor precio que el tan justamente celebrado *Ensayo*.

De esta noticia vamos a dar ahora cuenta pormenorizada, como muy sucintamente la dimos antes en *Misión*. Desde entonces una feliz casualidad nos ha permitido encontrar el texto de la carta en que la consulta se le hizo, acompañada de un *Syllabus* de veintiocho proposiciones, germen del *Syllabus* gloria del pontificado de Pío IX, jalón éste de primer orden en la historia de la humanidad.

En 1849 se reunió un Concilio provincial en Spoleto, al que asistió el arzobispo de Perusa. Lo era entonces el cardenal Pecci, futuro León XIII, Papa al que se ha querido presentar como quintaesencia de la transigencia en oposición a la intransigencia que se cifra en Pío IX y el *Syllabus*. Por iniciativa del cardenal Pecci, que en ello puso gran empeño, el Concilio tomó el siguiente acuerdo que elevó a la Sede Apostólica:

«Pidamos insistentemente a S. S. el Papa que nos dé una constitución en la que, censurando los diversos errores relativos a este triple asunto—Iglesia, autoridad, propiedad—cada uno con su nombre propio y de tal manera que se pueda, por decirlo así, *abarcarlo de una sola ojeada*, se les aplique la censura teológica debida y se les condene en la forma ordinaria. En efecto, aunque estos mismos errores modernos hayan sido ya separadamente condenados por la Iglesia, el santo Concilio está, no obstante, persuadido de que sería de gran provecho para la salud de los fieles presentárselos en la forma que se presentan en nuestros días *agrupados en índice* y calificados con su nota específica.»

Resulta, pues, que ya en 1849 el futuro León XIII urgía el *Syllabus*; para dar mayor autoridad a este apremiante deseo puso su empeño en que la petición se elevara a la Silla de Pedro en forma de acuerdo conciliar. Pío IX, que tanto hubo de sufrir por su intransigencia, y muy principalmente por el *Syllabus*, con la prudencia característica en los Papas, recogió la idea, y con el auxilio de las más preclaras inteligencias de la cristiandad la estuvo madurando años y años hasta que, en 1864, después de muchos y muy arduos trabajos preparatorios, pronunció la expresa condenación, tal y como deseaban los padres de Spoleto.

El mundo entero tenía por aquel entonces la atención puesta en la proclamación del dogma de la Inmaculada. No se dudaba de que había llegado el momento de la proclamación en honra y gloria de la Santísima Virgen y como remedio heroico contra los estragos de tantísimos errores que andaban sueltos por el mundo. ¿No es la Virgen quien ha de quebrantar la cabeza de la serpiente? Así, en la *Civiltà Cattolica*, la famosa revista recién fundada por un Breve de Pío IX, en aquellos tiempos del P. Liberatore y tantos otros célebres jesuitas, al tratar de las consecuencias sociales de la proclamación del dogma, hablaba de la conveniencia de unir en el mismo acto ésta con la condenación de los errores más corrientes y perniciosos. No se hizo así, pero es lo cierto que no dejaron de estar unidos una y otra.

Por aquellas fechas, Donoso, después de su conversión, era embajador en Berlín. Es la época de sus grandes discursos que anuncian el *Ensayo*. Los pronunciaba en Madrid y resonaban cual retumbantes aldabonazos en toda Europa. Se traducían en París y en los bulevares se vendían millares y millares de ejemplares; de ellos estaba pendiente la atención de los sabios más famosos de la época; las cancillerías los enviaban a sus gobiernos para que éstos y los soberanos pudieran estudiarlos. «No sé si conoce usted el éxito de su último discurso: es europeo, escribía Veuillot a Donoso, añadiendo: Todos los diarios católicos de Francia y Bélgica lo han reproducido después de traducido por el *Univers*; otros lo publican en largos extractos; he visto ya las traducciones italianas y alemanas.» Desde Berlín escribía Meyendorff a Nesselrode: «... ahora que Metternich y Montalembert, Ranke y Schelling se entusiasman con él (discurso), no puedo excusarme de enviároslo». A la vez que escribía al mismo Donoso: «Con copia de las palabras de Metternich envié el discurso en la versión francesa, tal y como lo publica el *Univers*, al conde de Nesselrode, y no dudo que el emperador mismo lo habrá leído».

En ocasión de su paso por París, de regreso de Berlín —noviembre de 1849— visitó Donoso a Veuillot en la redacción del *Univers*. Fué ésta la primera entrevista de aquellos dos atletas del catolicismo militante, cimienta de una estrecha amistad que perduró hasta la muerte. Parece cierto que en ella habló Donoso de escribir, sobre los errores de la época, una obra que en proyecto debía tener varios tomos. Lo cierto es que Veuillot no tardó en enviarle el prospecto de aquella *Bibliothèque Nouvelle* para la que contaba con la colaboración de las más eminentes plumas de lengua francesa, entre ellas Melchor Du Lac y Dom Geranger, restaurador de la sagrada liturgia en Francia. Proyectaba el gran periodista una enciclopedia de ciencia cristiana muy sólida. Le pidió, además, a Donoso, que escribiera la obra proyectada adaptada a las condiciones de la biblioteca, en donde se publicaría a la vez que la edición castellana, si le enviaba las galeras a medida que se fueran componiendo. Puso Donoso manos a la obra, y en 1851 vió la luz el *Ensayo* en sus ediciones castellana y francesa. Con razón escribió Donoso que su obra había hecho explosión, aunque el más peligroso de los estallidos se retardara algún tanto.

En aquel entonces el Nuncio en París, Mgr. Fornari, gran amigo de Veuillot, fué creado cardenal y elegido, si no recordamos mal, Prefecto de la Sagrada Congregación de Estudios. Pío IX le confió, además, la presidencia de la Comisión encargada de preparar la proclamación del dogma de la Inmaculada. Rinaldi, en *Il valore del sillabo*, inserta una carta de dicho cardenal a Luis Veuillot, en la que le da cuenta de haber recibido de S. S. la orden de «emprender estudios acerca del estado intelectual de la sociedad moderna referente a los errores más generalmente difundidos en relación al Dogma y sus puntos de contacto con las ciencias morales, políticas y sociales», a cuyo efecto le encarga recoger «las más amplias y seguras informaciones, recurriendo a los personajes que, por sus trabajos y por su situación parecen los más aptos para llenar esta misión», por lo que le ruega que él tome parte en tan importante trabajo. Acompaña a esta carta un *Syllabus de los diversos puntos que pueden tenerse a la vista para recoger y anotar los errores*, en forma de veintiocho proposiciones. Dada la importancia que para nuestro objeto tienen los documentos en cuestión, según creemos no publicados en España hasta ahora, daremos a continuación de este artículo su traducción exacta.

Indudablemente estaba muy puesta en razón la colaboración de Veuillot, pero a nuestro entender, era aún más indicada la de Donoso, político de primera fila en España, embajador en Berlín y París en una época particularmente interesante para dicho objeto, autor de aquellos discursos

que habían dado la vuelta al mundo y del *Ensayo* que estaba haciendo explosión en aquel entonces. Si no hubiera sido consultado puede afirmarse que no se hubieran cumplido del todo los deseos de Su Santidad. De entonces data la maravillosa *Carta de Donoso al eminentísimo cardenal Fornari sobre el principio generador de los más graves errores modernos*. Esto basta para afirmar que dicha carta es contestación a la consulta en cuestión. Pero hay más, y es ello, sin duda alguna, decisivo. Dice Donoso en la carta que con ella contesta a la del cardenal de mayo de 1852. Y en este día precisamente el cardenal escribió la carta dirigida a Veuillot, según consta en la fecha de la misma. ¿Cabe dudar de que aquel mismo día el cardenal, en cumplimiento de su misión, escribiría, además, la carta a Donoso? Si alguien queda con algún recelo, lea los dos documentos insertos al pie de este artículo y lea a continuación la CARTA de Donoso al cardenal y se convencerá de cómo es ésta contestación puntual a aquellos en sus menores detalles. Lo es evidentemente en la materia, y ya hemos visto como lo es en la fecha del acuse de recibo. Por encargo de Su Santidad, el cardenal hace en su escrito dos importantes advertencias: que, sin perjuicio de sucesivas ampliaciones, se conteste dentro del plazo de un mes, y a la vista está que escribió el cardenal el 20 de mayo y contestó Donoso el 19 de junio; no antes, que hubiera sido precipitado no agotar todo el tiempo posible en el estudio de un asunto de tanta importancia, ni después, para cumplir puntualmente en todo los deseos del Papa. Encárgase, también, que se guarde sobre todo el negocio religioso silencio; tan celosamente lo guardó Donoso que se llevó el secreto a la tumba y nada se ha sabido de todo ello hasta muy cerca de un siglo después.

\* \* \*

Murió Donoso el año siguiente, y en el posterior a éste —1854— se proclamó solemnemente el dogma de la Inmaculada Concepción, con gran consuelo y alegría del mundo católico, sin que en la Bula *Ineffabilis* se condenaran expresamente los errores, tal y como aconsejaron Veuillot y el conde Avogadro de la Motta en las respuestas a sus respectivas consultas, no porque creyeran que no fuera necesario condenar los errores, sino por la naturaleza del privilegio de la Concepción Inmaculada que a su entender exigía una Bula especial. Apenas proclamado el dogma, ordenó Pío IX a la comisión que en él había entendido continuar reunida trabajando en la investigación de los errores de la época en orden a una futura condenación. Así lo cuenta el jesuita P. Schrader en su *De theologia generatim*. Como se comprende, dada la índole de la materia y en atención a la enconada persecución que estaba sufriendo la Iglesia en la persona de su Pontífice Pío IX, estos trabajos, como los hasta entonces realizados en este orden, se llevaban a cabo dentro del más religioso silencio.

Se sabe que en 1860 dicha comisión procedió a una nueva consulta, más extensa que aquella primera reducida a algunos eminentes prelados y a laicos tan preclaros como Donoso, Veuillot y de la Motta. Se consultó ahora a Mgr. Pie, que tanto brilló en el Concilio Vaticano, y a Mgr. Gerbet, obispo de Perpiñán, al que dieron los franceses, con poco acierto, el nombre de padre del *Syllabus*. Este prelado publicó el 23 de junio de 1860 una Pastoral dirigida al clero de su diócesis «sobre diversos errores del tiempo presente» resumidos en ochenta y cuatro proposiciones que fueron base de los trabajos de la comisión y del futuro *Syllabus*. Pero ahora se sabe que antes había habido el Concilio de Spoleto y las consultas en que participó Donoso.

Con motivo de la canonización de San Miguel de los Santos y los Mártires del Japón, llamados por el Papa, se reunieron en Roma casi todos los prelados del mundo entero. Cada uno de ellos recibió en aquellos días una lista de proposiciones, calificadas por teólogos romanos, con el

encargo de que cada prelado la estudiara y calificara junto con un teólogo de su confianza, todo ello dentro del mayor secreto. El famoso Mgr. Dupanloup, presente en Roma, recibió esta vez como los demás, la lista en cuestión y la despachó muy ligeramente, haciendo notar que le sorprendía se le diera en Roma, donde abundan los teólogos eminentes, una lista de errores formulada en una Pastoral de un obispo de Perpiñán. Ignoraba sin duda alguna que era parte de un largo proceso guiado por la prudencia del mismo Papa. El secreto en que tuvo que desenvolverse todo el asunto ha sido causa de algunos juicios tan poco acertados como el de atribuir la paternidad al obispo de Perpiñán, cuando en todo caso le correspondería a quien fué más tarde León XIII. Bien pudiera ser que con la consulta recibiera Mgr. Gerbet un índice de errores análogo al que hizo público en su Pastoral, como antes lo recibieron Donoso y Veuillot, y después se entregó a todos los obispos cuando fueron consultados.

Temía Mgr. Dupanloup que la expresa condenación de determinados errores, dadas las circunstancias de los tiempos, atraería a la Iglesia, sobre todo en Francia, calamidades que podían sortearse mediante una actitud más conciliadora con la Revolución. Temía las consecuencias de la intransigencia y por ello andaba en lucha a brazo partido con Veuillot, que tan denodadamente combatía a la Revolución en sus principios y en sus consecuencias sociales y políticas. Algo le tranquilizó el ver que la consulta recibida no había tenido consecuencias visibles durante la estancia en Roma de los prelados. De todos modos, y habida cuenta de la creciente influencia de Veuillot y el *Univers*, no dejaba de estar con algún cuidado.

Este mismo año de la consulta a los prelados, cuando ya el de Orleans había regresado a su diócesis, hubo una reunión en la Roche-en-Brenil, posesión del famoso conde de Montalembert, que tuvo mucha y no buena influencia en el movimiento católico francés. Andando el tiempo se tuvo conocimiento de la reunión por una lápida de mármol que perpetuó su recuerdo en la capilla de dicha posesión. La traducción de la inscripción latina dice así:

«En esta capilla, Félix, obispo de Orleans, ha distribuido el pan de la palabra y el pan de vida a un pequeño grupo de amigos cristianos, que, acostumbrados hace tiempo a luchar por la Iglesia libre en el Estado libre, han formado pacto de consagrar a Dios y a la libertad los años que les restan de vida, hoy, 13 de octubre del año del señor de 1862. Estaban presentes: Alfredo, conde de Falloux; Teófilo Foisset; Agustín Cochín; Carlos de Montalembert; ausente de cuerpo pero presente con el espíritu, Alfredo, príncipe de Broglie.»

La fórmula adoptada, la Iglesia libre en el Estado libre, muy expresiva de las ideas del catolicismo liberal, la haría suya Cavour para despojar a la Iglesia del patrimonio de

San Pedro, y, ya sin poder temporal los Papas, tratar de reducirlos a súbditos del Estado y convertirlos en instrumento de dominio de los pueblos. Muy saladamente aquel gran apologista, gloria de la Iglesia española, que se llamó Mateos Gago, la traducía diciendo: la Iglesia libre en el Estado galgo.

En seguida apareció la obra de Montalembert, *Los intereses católicos en el siglo XIX*; luego el congreso de Malinas con el discurso del conde que promovió tanto ruido, y otro congreso posterior en el que habló Dupanloup más suavemente con el intento de apaciguar la alarma del anterior. No se podía esperar más. La infatigable actividad de aquellas inteligencias de primer orden, bien intencionadas pero sin duda alguna extraviadas, iban consumiendo el plazo que se había fijado la prudencia extraordinaria de Pío IX. Y estalló el rayo con la publicación del *Syllabus* y la *Quanta cura* el día 8 de diciembre de 1864, día de la Inmaculada Concepción de la Virgen cuyo pie ha de quebrantar la cabeza de la serpiente. Obra de lenta y prudente preparación, resumen y quintaesencia del trabajo de las más grandes inteligencias de la cristiandad, de la experiencia de cuantos en ella tenían gobierno de las almas, presididas por la sabiduría infalible del Vicario de Cristo, que imploró durante largos años con oraciones y sacrificios la prometida asistencia del Espíritu Santo.

\* \* \*

De la historia que a grandes rasgos acaba de leerse se deduce sin género de duda que la consulta del cardenal Fornari, presidente de la Comisión del dogma de la Inmaculada, consulta de la que participaron Donoso y Veuillot, es una etapa de gran importancia del largo proceso en que fué madurando el *Syllabus*. Puesto ello en evidencia y ya que providencialmente tenemos a la vista la CARTA en que Donoso tan magníficamente evacuó la consulta, procede a nuestro entender considerar ésta como tal y hacer un estudio comparado de ella y aquel primer *Syllabus* del cardenal Fornari, único que Donoso conoció, y el índice de la Pastoral de Mgr. Gerbet, quizás eco de un índice que éste recibiera de la Comisión, sin perder de vista el *Ensayo*, por aquel entonces en Francia a la vista de todos, conocido sin duda alguna del cardenal Fornari y de Mgr. Gerbet cuando redactaron sus respectivos documentos. De todo ello ha de resultar la gran oportunidad del *Ensayo* y cuán sólida es la doctrina que en él se defiende. Esta sí que es excelente gloria de Donoso, la única por él ambicionada, de muy gran provecho para todos, pues nos hará estimar mucho más una obra de tan raro valor. Si por este camino llegamos a convertirla en sólido alimento de nuestro espíritu, habríamos adelantado muchísimo por el camino de asegurar la salvación de España.

Luis Ortiz y Estrada.

## DOCUMENTOS QUE SE CITAN

Son dos: la carta del cardenal Fornari a Luis Veuillot y el *Syllabus* que la acompaña, en italiano la primera y en latín el segundo. Tenemos los textos a la vista en un folleto de la excelente biblioteca del que fué redactor de *El Siglo Futuro* y maestro de periodistas católicos, paladín del *Syllabus*, devoto de Donoso y Veuillot, cuyas obras leyó y anotó cuidadosamente, que escribió millares de artículos con el tan conocido seudónimo de *Chafarote* y era un ferviente enamorado del gran Pío IX, cuyo elogio hizo centenares de veces. A don Juan Marín del Campo nos referimos, que hoy se alegraría lo indecible al ver tan íntimamente unidos en el *Syllabus* aquellos que fueron sus tres

grandes amores —Pío IX, Veuillot y Donoso—, con tanta gloria para éste. Se titula el folleto *Le Syllabus* y es su autor Pedro Hourat, sacerdote de Bayona. Este señor recoge los textos de la obra italiana antes citada. Otros datos los hemos visto en la excelente *Historia del catolicismo liberal* de Barbier, en las obras de Veuillot y en la vida de éste escrita por su hermano Eugenio, interesantísima en grado sumo. Como hemos probado antes, al leer la carta del cardenal Fornari dirigida a Veuillot, podemos estar seguros de que leemos un texto exactamente igual a la que sin duda alguna el mismo día escribió a Donoso y éste contestó con su conocida carta.

CARTA DEL CARDENAL FORNARI

«Señor:

»Habiendo la Santidad de nuestro Señor decidido emprender estudios sobre el estado intelectual de la sociedad moderna en lo que toca a los errores más generalmente difundidos relativos al Dogma y a sus puntos de contacto con las ciencias morales, políticas y sociales, ha deseado que se recurra para tener más amplias y seguras informaciones, a los personajes que por sus trabajos y por su situación se juzguen más capaces de desempeñar esta misión.

»Habiendo sido encargado por Su Santidad de dar cumplimiento a sus órdenes y apreciando por otra parte el mérito de los conocimientos de V. S. y la pureza de su celo por cuanto concierne al bien de la Iglesia Católica, no he dudado un momento en invitarle a tomar parte en este trabajo que no puede dejar de ser útil a los intereses de toda la Cristiandad.

»A fin de lograr cierta uniformidad en las respuestas, se le ruega seguir el modelo adjunto en tanto lo permitan las notas que tenga a bien enviarnos, cuyas notas puede escribir en la lengua que le sea más familiar.

»Para el feliz y rápido cumplimiento de los deseos del Padre Santo es de suma necesidad:

»1.º Que se guarde un religioso silencio sobre todo este asunto;

»2.º Importa aún más la rapidez del trabajo. Como no se trata ahora de desarrollar las materias, sino únicamente de indicaciones, es intención de Su Santidad que en el término de un mes a partir de la recepción de esta carta se me expida el primer fruto de sus investigaciones. Digo el primero, porque todas las observaciones ulteriores serán aceptadas con placer y con provecho.

»Estoy persuadido, señor, que el celo por la causa de la Religión y el deseo de Su Santidad el Papa, el cual concede a este asunto la mayor importancia, serán dos poderosos móviles que le inducirán a favorecernos con el concurso de sus luces y de su piedad.

»Dígnese, señor, recibir los sentimientos de mi más alta consideración.

»Roma, 20 de mayo de 1852.

»Su afectísimo servidor,  
»R. Card. Fornari.

»Al señor Luis Veuillot.»

SYLLABUS DE LOS DIVERSOS PUNTOS QUE SE PUEDEN TENER A LA VISTA PARA RECOGER Y CALIFICAR LOS ERRORES

- »I. Unidad de la substancia divina. — Panteísmo.
- »II. Trinidad de personas. — Diversos errores y nuevas formas de *Sabelianismo*.
- »III. Creación y su razón ortodoxa. — Sistemas de la *emanación*.
- »IV. Origen del hombre. — Teorías de los *materialistas*, preexistencia de las almas, su transmisión, el alma universal y el intelecto universal.
- »V. Concepto católico de lo que llamamos sobrenatural. — Teorías de los *racionalistas*.
- »VI. Destino sobrenatural del hombre. — *Antropología*.
- »VII. Prevaricación y ruina del hombre. — Su autonomía.
- »VIII. Efectos de la culpa original; la muerte, la ignorancia, la concupiscencia y el odio a Dios.
- »IX. Orden moral. — Idealismo de Kant y materialismo de los Utilitarios.
- »X. Reparación del género humano. — Sus explicaciones posteriores.
- »XI. Manera de la reparación y su cumplimiento por Cristo. — Errores muy graves sobre este punto.
- »XII. Cristo substantivamente Dios-Hombre. — Múltiples maneras de Socinianismo encaminadas a mirar a Cristo como Dios-Hombre únicamente en el sentido de que Dios se ha manifestado en él de un modo supereminente.
- »XIII. Misión de Cristo, que es al mismo tiempo la suprema formación religiosa del hombre. — Sistemas al *progreso indefinido*.
- »XIV. Inmutabilidad objetiva de la Revelación cristiana, bien sea teórica, bien prácticamente. — Errores sobre el Cristianismo considerado como una forma temporal de religión.
- »XV. Necesidad de la fe. — *Pietismo* y afirmaciones de los Latitudinarios.

- »XVI. — Necesidad de la expiación y de la penitencia. — Puntos capitales de las doctrinas que favorecen y satisfacen las pasiones.
- »XVII. Continuación de la misión de Cristo por la Iglesia y en la Iglesia. — Errores sobre la Iglesia que sería una institución humana sujeta a cambios.
- »XVIII. Unidad de la Iglesia. — Error sobre la libertad concedida a cada hombre de escoger por sí mismo la secta cristiana que él prefiera.
- »XIX. Derechos de la Iglesia. — Opiniones de los *Realistas*.
- »XX. Derecho de enseñar. — Errores opuestos a este derecho.
- »XXI. Derecho de dirigir. — Errores contrarios a este derecho.
- »XXII. Jerarquía y su origen inmediato y mediato. — Errores relativos a las elecciones.
- »XXIII. El cristiano en la sociedad civil.
- »XXIV. Derechos y deberes de la Sociedad civil cristiana.
- »XXV. Proscripción del *Despotismo* así como de la *Anarquía* y de las rebeliones.
- »XXVI. Deberes del cristiano con respecto a la sociedad civil.
- »XXVII. De la muerte y de la otra vida. — Errores que se refieren a la explicación de la muerte, a la inmortalidad de las almas y a la expiación en el Purgatorio y a la eternidad de las penas.

»N. B. — 1.º Al proponer estos puntos no tenemos la intención de excluir cualquiera otros que se crean oportunos; deseamos tan sólo dar una indicación. 2.º Al señalar los errores, se tendrá a la vista sobre todo cuidado en tanto sea posible, anotar con el mayor esmero las palabras mismas de los autores, indicando las páginas. 3.º Será útil intercalar algunos puntos que ayuden a determinar la *antítesis católica*.



# El «Syllabus» y su época

Si tuviéramos que resumir el *Syllabus* en una sola palabra sería ésta: liberalismo.

Fijémonos, un momento, en las circunstancias exteriores que convergían en el momento de la aparición del *Syllabus* y durante los años de su gestación.

Nos hallamos en 1864 y, según nos demuestra el documentado artículo del Sr. Ortiz Estrada, fué Mons. Pecci, el posterior León XIII, quien en 1849 tuvo la primera idea de un *Syllabus*, idea recogida por Pío IX.

## Origen del liberalismo

El liberalismo es, evidentemente, hijo legítimo de la Revolución Francesa. Esta, con la proclamación de los derechos del hombre y la Constitución civil del clero, de una manera especial, pone los cimientos del liberalismo individual y estatal de nuestros días. Los excesos en que incurrió la Revolución lo hicieron aborrecible, pero la figura legendaria de Napoleón Bonaparte con su ascensión fulminante y casi milagrosa, con su muerte trágica y romántica en un islote del Atlántico, le dieron el lustre y el atractivo que los grises y sanguinarios republicanos no habían sabido darle.

Ciertamente que en el Congreso de Viena las potencias conservadoras: Austria, Rusia y Prusia predominan, y la política de Metternich contiene durante algunos años la aparición de formas políticas conformes con las ideas liberales, pero este liberalismo político, dueño de Inglaterra, triunfa en Francia con la Revolución de Julio que entroniza la casa liberal de los Orleans y experimenta al mismo tiempo constantes progresos, pese a sus ocasionales retrocesos, en España, donde llegará a culminar en la Revolución de Septiembre, cuna de la «gloriosa» primera República, después de la cual será ya España un Estado liberal como los demás.

## La Revolución de 1848

No obstante, aunque Metternich y sus colaboradores hicieron lo posible (y aun esto es dudoso) para ahogar el liberalismo estatal, el liberalismo individual, la teoría de los derechos del hombre y sus consecuencias encontraban cada día nuevos y apasionados defensores en el libro, en la prensa, en la tribuna y en todas partes.

Y se llega por fin al año 1848. El año trágico de la Revolución europea. Cuál fuera la impresión que ésta causó en hombres de talento y buena voluntad se puede ver leyendo el último trabajo, inacabado por haberle sorprendido la muerte, de Balmes y lo que a propósito de la misma Revolución escribió Donoso Cortés.

## El Estado liberal

De esta Revolución nacen, en todas partes, excepto en Rusia, los modernos Estados liberales: el Estado lo es todo, tiene derecho a intervenir en todo, a fiscalizarlo todo, a realizarlo todo; la familia, la propiedad, la educación de los niños, todo, absolutamente todo, es de su competencia. El matrimonio no es más que un contrato civil que el Estado puede declarar nulo en determinadas circunstancias.

La misma Religión debe ser vigilada por el Estado liberal, cuando no laico, y hay que reconocerle que en su posición es inatacable, pues si no reconoce a ninguna confesión religiosa como verdadera, cuando se produzcan

conflictos entre ellas es preciso que el Estado, como organismo superior e independiente, actúe de árbitro. Aun en los mismos Estados en que no existen diferentes confesiones religiosas el Estado se cree superior a la Iglesia. Esta es la tesis del Estado liberal, que ahora nosotros, con un siglo de experiencia, vemos se ha vuelto constantemente contra la Iglesia católica, y que el famoso grito de Cavour «Iglesia libre dentro del Estado libre» ha sido el «chantage» más grande de los últimos cien años.

## Situación política de Europa

Entre tanto, Austria había sido derrotada por Francia en Magenta y Solferino y Rusia en Crimea por Inglaterra, Francia y el Piamonte. Los caducos defensores de la vieja sociedad iban quedando arrinconados.

Se entendían perfectamente Napoleón III y Víctor Manuel II para despojar al Papa y realizar la unidad italiana, comenzando aquellos años prodigio de mendacidad y truhanería que había de culminar con la ocupación de Roma.

Prusia, dirigida por el Canciller de Hierro, derrotaba a Dinamarca, se preparaba para batir a Austria ocupando el lugar preponderante entre los pueblos de raza germánica para después de vencer a Francia detentar la hegemonía en el Continente. Se presentían ya los primeros acentos del Kulturkampf.

No escaparon todos estos peligros a la perspicacia de Pío IX y de sus colaboradores y consejeros, entre los cuales sabemos que se contaron Donoso Cortés y Veuillot.

## El socialismo

Carlos Marx, el tenebroso genio judío, había publicado un libro revolucionario: «El capital» destinado a tener una influencia no menor que la de Rousseau y, en colaboración con Federico Engels, en 1848 daban a la publicidad el «Manifiesto comunista».

El peligro socialista-comunista aparecía por aquel entonces como muy poco definido; algo así como un monstruo en medio de una espesa niebla que no permitía mostrar claramente sus contornos. Esta es la impresión que produce la lectura del *Syllabus* acerca de «la peste» de las doctrinas socialistas, comunistas, etc., que aparecen como poco diferenciadas y sin hacer resaltar la importancia de la economía, importantísima en los años siguientes, aunque no hay duda que ha sido exagerada considerablemente su influencia.

## La filosofía y la ciencia

Otro peligro gravísimo aparece en el siglo XIX. Por primera vez en la Historia se emprende seriamente el ataque científico contra la religión. Historia, Arqueología, Cronología, Ciencias Físicas y Biológicas, todas las manifestaciones de la actividad humana van a ser puestas a contribución para atacar los dogmas católicos. Esto era nuevo. Voltaire y compañeros se habían burlado de «los cuentos» de la Biblia, pero una lucha fría y sistemática que pretendía demostrar su falsedad era algo que no se le había ocurrido a nadie todavía. Strauss, a principios del siglo XIX, tuvo esta triste gloria. Su obra abre una era. El genio germánico, metódico y paciente, imbuído de ideas luteranas y de odio a Roma, toma la delantera seguido bien pronto por la ligereza gala y la espiritualidad italiana, y aunque

vencidos constantemente y retrocediendo sin cesar, siguen aún en nuestros días fieles a la ya vieja bandera, procurando hallar incompatibles la fe y la razón.

Por último, en la misma Alemania los discípulos de Kant y continuadores de sus estudios (Hegel, Fichte, Schelling) difundían por todo el mundo la moderna filosofía panteísta, que más o menos atenuada puede decirse que influyó a casi todos los filósofos, hasta que el inmortal León XIII, con un vigoroso golpe de timón, su encíclica «Aeterni Patris» señaló a los católicos como norma segura la filosofía de Santo Tomás. Pero aun así, en el campo contrario la filosofía panteísta, en sus distintas formas, sigue haciendo estragos.

Esta era la situación del mundo cuando apareció el *Syllabus*. Momento grave y peligroso.

Se ha dicho que el Papa es siempre el primero en señalar un peligro. Es verdad, pero sólo hasta cierto punto. Cuando el Papa, en un documento solemne condena «*que el Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la moderna civilización*» (proposición LXXX), es que el mal ha alcanzado peligrosa extensión y han fracasado todas las tentativas de concordia y de amonestación hechas hasta entonces.

Este era el ambiente que encontró el *Syllabus* cuando fué publicado el 8 de diciembre de 1864.

Domingo Sanmartí Font

## ¿Es lícito transigir con los principios del liberalismo?

### La respuesta de Pío IX

En el décimo aniversario de la proclamación dogmática de la Inmaculada Concepción, Su Santidad Pío IX se dirigió a los Obispos del orbe en Carta Encíclica «*Quanta cura*» (8 de diciembre de 1864), recordando las advertencias y amonestaciones con que en cartas anteriores había ido señalando los «principales errores de esta nuestra triste edad». El motivo para insistir en ello lo declaró:

«La salud de las almas encomendadas por Dios a nuestro cuidado, y el bien de la misma sociedad humana, piden absolutamente que de nuevo excitemos vuestra pastoral solicitud para destruir otras dañadas opiniones que de los mismos errores, como de sus propias fuentes, se originan. Las cuales opiniones, falsas y perversas, son tanto más abominables cuanto miran principalmente a que sea impedida y removida aquella fuerza saludable que la Iglesia católica, por institución y mandamiento de su Divino Autor, debe ejercitar libremente hasta la consumación de los siglos, no menos sobre cada hombre en particular que sobre las naciones, los pueblos y sus príncipes supremos; y por cuanto asimismo conspiran a que desaparezca aquella mutua sociedad y concordia entre el Sacerdocio y el Imperio, que fué siempre fausta y saludable, tanto a la república cristiana como a la civil. Pues sabéis muy bien, Venerables Hermanos, se hallan no pocos que aplicando a la sociedad civil el impío y absurdo principio que llaman del *naturalismo*, se atreven a enseñar "que el mejor orden de la sociedad pública y el progreso civil exigen absolutamente que la sociedad humana se constituya y gobierne sin relación alguna a la Religión, como si ella no existiese, o al menos sin hacer alguna diferencia entre la Religión verdadera y las falsas".»

Tenemos, pues, resumidos por Pío IX y señalados como «falsos y perversos» los dos principios: naturalismo y liberalismo. También podemos deducir del texto, que ambos falsos principios tienen mutua relación, o sea que el liberalismo no es más que el propio naturalismo cuando de los individuos se pasa a considerar las sociedades. Por último, hallamos en dicho párrafo la gravedad que según el Pontífice se encierra en dichos males: «tanto más abominables cuanto miran principalmente a que sea impedida y removida aquella fuerza saludable que la Iglesia católica, por institución y mandamiento de su Divino Autor, debe ejercitar libremente hasta la consumación de los siglos».

Claro está que al descubrirnos el mal en sus raíces nos enseña el único y efectivo remedio. Sólo que en este punto es donde principalmente empiezan las discusiones entre los digamos alópatas y homeópatas. Estos últimos, fieles a su conocido «*similia similibus curantur*», quieren curarnos del liberalismo inoculándonos gérmenes de dicho mal, y los primeros entienden que el remedio se halla combatiendo los gérmenes nocivos incluso en sus manifestaciones más benignas. Que me perdonen los discípulos de Hipócrates este simil. En Medicina tal distinción ha dado y quizá daría lugar a serias discusiones. Por lo que se refiere al orden de las ideas y del sentimiento no creemos admisible el procedimiento homeopático, que creemos del todo contraproducente en el caso concreto del liberalismo después del claro juicio manifestado por el mismo Pío IX al decir:

«Aquella errónea opinión sumamente funesta a la Iglesia católica y a la salud de las almas llamada *delirio* por Nuestro Predecesor Gregorio XVI de gloriosa memoria, a saber: «que la libertad de conciencia y de cultos es un derecho propio de todo hombre, derecho que debe ser proclamado y asegurado por la ley en toda sociedad bien constituida, y que los ciudadanos tienen derecho a la libertad omnimoda de manifestar y declarar públicamente y sin rebozo sus conceptos, sean cuales fueren, ya de palabra o por impresos, o de otro modo, sin trabas ningunas por parte de la autoridad eclesiástica o civil». Pero cuando esto afirman temerariamente, no piensan ni consideran que predican la libertad de la perdición, y que si se deja a la humana persuasión entera libertad de disputar, nunca faltará quien se oponga a la verdad, y ponga su confianza en la locuacidad de la humana sabiduría, debiendo, por el contrario, conocer por la misma doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, cuán obligada está a evitar esta dañósima vanidad la fe y la sabiduría cristiana.»

Descartada, pues, la homeopatía en este caso, volvamos a releer el primer párrafo transcrito y entenderemos lo que procede para curar el mal; esto es, favorecer y coadyuvar por todos los medios para que pueda desarrollar sus actividades: «*aquella fuerza saludable que la Iglesia católica, por institución y mandamiento de su divino Autor, debe ejercitar libremente hasta la consumación de los siglos, no menos sobre cada hombre en particular que sobre las naciones, los pueblos y sus príncipes supremos*».

Esta doctrina es la que recoge y nos enseña CRISTIANDAD, haciendo también objetivo suyo la batalla al naturalismo y al liberalismo.

### El «Syllabus»

Con ocasión del envío de dicha Encíclica a todos los Obispos del orbe, mandó Pío IX compilar un *Syllabus* o «Índice de los principales errores de nuestro siglo, ya notados en las Alocuciones consistoriales y otras Letras apostólicas de Nuestro Smo. Padre Pío IX» que fué remitido junto con la Encíclica a dichos Obispos, acompañado de una carta del Cardenal Antonelli.

Es sumamente aleccionador el estudio de las ochenta proposiciones en que se resumen estos errores, como lo es asimismo su confrontación con los textos de las Encíclicas en que fueron condenados. Pero todavía puede completarse dicha lección estudiando en la historia las circunstancias que acompañan a cada Encíclica.

He aquí tres de las proposiciones del *Syllabus* que pueden relacionarse con lo que venimos tratando como errores básicos del liberalismo.

Proposición XV. — «Todo hombre es libre para abrazar y profesar la religión que, guiado de la luz de la razón, juzgare por verdadera.» Doctrina contenida en: Letras Apostólicas «Multiplices inter» (10-6-1851), condenando la obra «Defensa de la autoridad de los gobiernos y de los Obispos contra las pretensiones de la Curia Romana», F. Vigil. Lima, 1849.

Alocución «Maxima quidem» (9-6-1862), pronunciada ante los Cardenales y Obispos asistentes a la canonización de los mártires japoneses.

Proposición LV. — «Es bien que la Iglesia sea separada del Estado y el Estado de la Iglesia.» Doctrina condenada en:

Alocución «Acerbissimum» (27-9-1852), en que protestó y declaró nulas unas leyes del Gobierno de Colombia que violaban los derechos de la Santa Sede y dañaban al clero de aquel país.

Encíclica «Mirari vos», de Gregorio XVI, de 15 de agosto de 1832.

Proposición LXXIX. — «Es sin duda falso que la liberal civil de cualquier culto y lo mismo la amplia facultad concedida a todos de manifestar abiertamente y en público cualesquiera opiniones y pensamientos, conduzca a corromper más fácilmente las costumbres y los ánimos y a propagar la peste del indiferentismo.» Doctrina condenada en:

Alocución «Nunquam fore» (15-12-1856), con motivo de las persecuciones en Suiza y Méjico.

Encíclica «Mirari vos» de Gregorio XVI, de 15 de agosto de 1832.

### Continuidad de doctrina

Esta actitud de Pío IX podría parecer a algunos como una reacción obligada ante los desmanes revolucionarios ocurridos en sus Estados y en la misma Roma, y sin que significara el verdadero espíritu del Pontífice, manifestado en sus medidas tolerantes de los primeros años de Pontificado.

Sin entrar ahora en esta compleja cuestión, que puede seguirse en los números que CRISTIANDAD lleva ya dedicados a este Pontífice, diremos no obstante, que si como soberano temporal podía el Papa ensayar una política o rectificar, según sus apreciaciones y las circunstancias; lo que en manera alguna es cierto, ni podía serlo, es que el Papa en punto a principios no hablara desde el primer día de su Pontificado con la misma claridad que hemos

visto, o variara de espíritu en lo más mínimo. Para corroborar esta afirmación, nos bastará abrir la Encíclica primera de su Pontificado, la «Qui pluribus», del 9 de noviembre de 1846. Publicada, como se ve, en pleno período de tolerancia política, hallaremos, sin embargo, entre otros muchos párrafos parecidos, el siguiente:

«Por aquí se ve claramente en qué error tan grande están los que, abusando de la razón y teniendo la palabra de Dios como si fuera obra de los hombres, temerariamente se atreven, según su capricho, a explicarla e interpretarla; habiendo Dios constituido una autoridad viva que enseñe y establezca el verdadero y legítimo sentido de su celestial revelación, y dirima con *infallible* juicio todas las controversias relativas a la fe y a las costumbres, a fin de que los fieles no sean llevados por todo viento de doctrina en la maldad de los hombres a los lazos del error. Esta autoridad viva e *infallible* florece sólo en aquella Iglesia que edificada por Jesucristo sobre Pedro, Cabeza, Príncipe y Pastor de toda su Iglesia, le fué prometido que jamás faltaría, y la cual tiene siempre sus legítimos Pontífices, que sin interrupción traen su origen en su Cátedra del mismo Pedro, y que son herederos y defensores de su misma doctrina, dignidad, honor y potestad. Y por cuanto donde está Pedro, allí está la Iglesia, y Pedro habla por boca del Romano Pontífice, y vive siempre en sus sucesores, y juzga y transmite la verdad de la fe a los que la buscamos, la divina palabra debe en un todo recibirse en el mismo sentido en que la tuvo y la tiene esta Cátedra Romana del Bienaventurado Pedro, madre y maestra de todas las Iglesias, que conservó siempre pura e íntegra la fe confiada por Jesucristo; y la enseñó siempre también a los fieles, mostrando a todos la senda de la salvación y la doctrina de la verdad inmortal. A esta Iglesia principal de donde la unidad sacerdotal trae su origen, a esta metrópoli de la piedad donde la solidez de la religión cristiana es íntegra y perfecta, donde siempre estuvo en vigor el Principado de la Cátedra Apostólica, a ésta es a la que por su grande excelencia debe acudir toda la Iglesia, esto es, los fieles de todas partes, con la cual todo el que no recoge desparrrama. Nos, pues, que por inescrutable juicio de Dios, hemos sido colocados en esta Cátedra de la verdad, excitamos encarecidamente en el Señor nuestra esclarecida piedad, Venerables Hermanos, para que con toda solicitud y empeño procuréis amonestar y exhortar continuamente a los fieles encomendados a vuestros cuidados, a fin de que firmemente adheridos a estos principios no se dejen engañar ni conducir al error, por aquellos que se han hecho abominables en sus deseos que, a pretexto del progreso humano, se esfuerzan en destruir la fe y en someterla impiamente a la razón humana, y trastornar la palabra de Dios, sin que teman hacer una grandísima injuria al mismo Dios que con su religión celestial se ha dignado atender clementísimamente al bien y salvación de los hombres.»

Y más adelante, al hablar de los modernos errores, concluye:

«A esto mira el horrendo sistema en gran manera repugnante, hasta a la luz de la razón natural, de la indiferencia en materia de religión, con que estos malvados, quitada toda la diferencia entre la virtud y el vicio, entre la verdad y el error, la honestidad y la torpeza, piensan que los hombres pueden alcanzar la salvación eterna en el culto de cualquiera religión, como si pudiera tener alguna participación la justicia con la iniquidad, o haber alguna unión entre la luz y las tinieblas, o algún convenio entre Cristo y Belial.»

S. M.

# Y el «Ensayo» hizo explosión en Paris

## I

### Católicos al servicio de la Revolución

Después de Napoleón, apagado el impulso de la Revolución Francesa, se coronó rey Luis XVIII. Con él volvía a reinar la vieja estirpe de los Capetos, pero no se restauró el orden cristiano, que la Revolución había conseguido destruir en el Estado. No hubiera sido obra de romanos enterrar para siempre la obra revolucionaria, que, sin raíces en la entraña de la nación, moría consumida por el frenesí de tantos excesos y ahogada por la sangre de tantos crímenes; pero el sucesor de San Luis, quien recibía la corona tras de las torturas y el asesinato de Luis XVI, María Antonieta y Luis XVII, en lugar de continuar la historia de Francia restaurando el orden cristiano de sus mayores, purificado de los errores galicanos que lo habían viciado, puso su afán en consolidar cuanto de la obra revolucionaria pudo conservarse sin sublevar demasiado la conciencia cristiana de los franceses. Enmascarados por el manto de la realeza de los Capetos, los herederos de quienes tanta sangre habían derramado prosiguieron la obra revolucionaria con menos aparato y mayor lentitud pero con mucha más eficacia y seguridad. Luis XVIII otorgó la Carta constitucional y en la Carta tuvieron acogida los principios de la Constitución revolucionaria de la Asamblea de 1791, no sin que protestara el Pontífice.

En la Carta se prometía la libertad de enseñanza. Hipócritas y embusteros, al igual de todos los gobiernos liberales, los de aquella restauración, como los de Luis Felipe que la sucedió, mantuvieron con empeño el monopolio de la Universidad napoleónica, tanto más odioso por cuanto en manos ésta de quienes guardaban celosamente el perverso espíritu que dió vida y poder a la Revolución, de dicho monopolio se servían como instrumento para irlo infiltrando en el alma de las nuevas generaciones.

Unidos estrechamente los católicos en una acción común, reclamaban enérgicamente aquella libertad para que la Iglesia pudiera formar las almas en la verdad, libre de los errores revolucionarios. Dupanloup, Veuillot, Montalembert y tantos otros, peleaban juntos con gran ardor y el mismo afán de alcanzar aquello que con no menos empeño se les negaba. Ya en tiempos de Luis Felipe, en 1844, el proyecto de ley de Broglie les escamoteó la tan ansiada libertad de enseñanza. Enardecieron los ánimos de los católicos y a ello contribuyó Duponloup con sus dos *Cartas al Señor Duque de Broglie*. Tenaces los liberales en sus empeños, seguían negando a la Iglesia aquella misma libertad que el liberalismo proclama como principio inconcuso de derecho público, y la Carta reconocía de un modo expreso. Muy acertadamente expuso la razón de esta patente hipocresía liberal Dupanloup, en su libro *De la pacificación religiosa*, con las palabras que siguen:

«En efecto, si hay un pensamiento dominante en el señor Thiers, es que todo, en las controversias presentes, todo debe hallarse subordinado a la necesidad de conservar el espíritu nacional entre nosotros, y que es menester que estén muy lejos del cargo de la enseñanza cuantos pudieran dejar de inspirar a nuestra juventud el espíritu de la revolución francesa. Sobre este punto el señor Thiers se constituye el defensor de la sociedad y del espíritu moderno; él reclama enérgicamente la conservación de las preciosas conquistas de la revolución y luego las personifica en cierto modo en la Universidad. Sólo ella le parece ofrecer algunas garantías y un amparo tutelar para

»el espíritu de abnegación a la patria y a la revolución. »Finalmente, y siempre bajo este mismo punto de vista, »echa a volar contra el clero las insinuaciones más malé- »volas, siendo esto lo menos que yo puedo decir.»

Trataba Dupanloup en este libro de la cuestión de la libertad de enseñanza examinando los diversos proyectos de ley discurridos por sus enemigos y se proponía ganar a éstos para aquella causa que tanto encajaba en los tan cacareados principios liberales. Porque los católicos, entonces, no reclamaban la plena restauración del orden cristiano a que tenían derecho, ni exigían el derecho indiscutible de la Iglesia en materia de enseñanza; pedían tan sólo para ella la libertad que según el liberalismo a nadie puede negarse sin incurrir en la tiranía, que en su sentir justifica la revolución, pero que siempre y en todas partes niega a la Iglesia. Lo malo es que, en su afán de meterse Dupanloup en el terreno del adversario para mejor combatirlo, sin duda alguna, avanzó tanto en él que se entregó con armas y bagajes. Véase el texto siguiente, sin duda alguna interesante:

«¿Qué se entiende por el espíritu de la revolución francesa? ¿Por ventura el señor Thiers entiende las violencias y los desórdenes de dicha época? No, sin duda... »¿Entienden las instituciones libres la libertad de conciencia, la libertad política, la libertad individual, la libertad de las familias, la libertad de la educación, la libertad de las opiniones, la igualdad ante la ley, la equitativa repartición de los impuestos y los cargos públicos? Todo eso nosotros lo tomamos por lo serio, lo aceptamos francamente, lo invocamos a la luz del día en las discusiones públicas. Bien es cierto, y lo declaramos sin pesar, que nuestros mayores miraron durante algún tiempo con desconfianza tales instituciones; mas eso se concibe perfectamente: los medios violentos, los excesos y los errores asustan siempre con razón a los hombres de bien, y preciso es confesarlo: los crímenes habían ensangrentado los principios.

»Mas por fin, hoy, ¡cosa nueva y feliz!, la paz puede hacerse. Esas libertades, tan caras a aquéllos que nos acusan de que no las amamos, nosotros las proclamamos, las invocamos para nosotros lo mismo que para los demás... »Siguiendo nuestra marcha a través del polvo de las revoluciones, aspiramos al verdadero ideal, al grande ideal de las inteligencias sensatas; al de las grandes inteligencias de la Asamblea constituyente...

»Yo diré, pues, al terminar, a nuestros adversarios: »Como quiera que vosotros nos consideréis, según la verdad o según vuestras preocupaciones, como auxiliares o como vencidos, venimos hacia vosotros, nosotros y todo lo que marcha con nosotros; acabad vuestra conquista aceptándonos, y no rechazéis más ciegamente a pretendidos enemigos, que os ofrecen y os piden la paz en la libertad y la justicia.»

No cabe dudar de las intenciones de Dupanloup, pero a nadie puede sorprender que fueran muy desdichados los frutos de aquella campaña emprendida con afán digno de mejor causa. Thiers y sus secuaces no cedieron un ápice en su afán de conservar el monopolio para la Universidad; no se dejaron convencer por aquella entrega sin condiciones, que no arrastraría a la Iglesia por mucha que fuera la fama de los Dupanloup, los Montalembert, los Fal-

loux... No existía el *Syllabus*, pero ya habían hablado con palabras definitivas Pío VI, Pío VII, Gregorio XVI... y la Iglesia sigue siempre a los Pontífices. No arrastraría a la Iglesia, pero sería, como fué, causa de perturbaciones muy hondas en el campo católico, debilitarían su acción y facilitarían grandemente el triunfo de los adversarios. Pesaban no poco el ingenio, la fama, la actividad de aquel grupo de talentos extraviados; era mucha la pasión que ponían en sus empeños para que no arrastraran a una parte de las fuerzas católicas. Y entre éstas y las que se defendían del extravío, necesariamente habían de entablarse luchas con provecho de los enemigos de la Iglesia, que, libres de obstáculos, avanzaban en su obra nefasta. Como siempre ocurre, aquellos propósitos de paz fundados en tan mal momento y sobre base tan equivocada fueron la causa de nuevas y muy enconadas luchas.

Alcanzó la división a la misma cuestión de la enseñanza en que tan unidos habían luchado. Así ocurrió con ocasión de la obra de Gaume, *El gusano roedor de las Sociedades modernas*, sobre el peligro de la excesiva influencia de los clásicos paganos en la educación de la juventud. En el *Univers* defendía Veuillot la tesis del sabio sacerdote; contra ella luchaba Dupanloup con su ardor característico. Tanto empeño puso en ello, que en su diócesis de Orleans dictó prohibiciones del periódico de Veuillot y trató de conseguir un acto colectivo del episcopado contra el periódico. En aquel entonces, el cardenal Gousset, arzobispo de Reims, hubo de escribir, respondiendo a una consulta: «Se quiere que se hunda este periódico, por ser a la vez más fuerte que la mayor parte de los demás periódicos religiosos, y el más celoso por las doctrinas romanas, trabajando para estrechar más y más los lazos que unen a las Iglesias de Francia con la Iglesia romana, madre y soberana de todas las Iglesias».

#### Montalembert contra Veuillot y contra el Papa

Como para penetrar plenamente las razones del *Ensayo* de Donoso es necesario comprender aquella lucha contra Veuillot y el *Univers*, de la que algunos y muy duros golpes a aquéllos alcanzaron, creemos necesario recordar un episodio tristísimo, valiéndonos principalmente de los datos y textos ofrecidos por la biografía que de Montalembert hizo su gran admirador y entusiasta apologista P. Lecanuet.

Ya enfermo Montalembert de la dolencia que le llevó al sepulcro, Veuillot, que lamentó más que nadie el extravío del conde, intentó reanudar con él las relaciones rotas desde hacía años, mediando en ello Mgr. Mermillod. Entonces es cuando Veuillot dijo las siguientes cristianísimas palabras:

«Sí; siempre es momento de reunirse, y este momento es hoy más oportuno y urgente que nunca. Me atrevo a decir ante Dios y desde lo más profundo de mi alma que a ello estoy por mi parte dispuesto. ¿Pero dónde reunirse. Monseñor, y quién señalará el terreno? Si no hubiera más que obstáculos personales estoy convencido de que en todas partes serían tan perfecta y fácilmente anulados como en mi corazón. La enfermedad tan larga y peligrosa de uno de nuestros hermanos me causa gran angustia y siento el indecible tormento de pensar que puede éste morir antes que estreche su mano. Yo no he omitido nada de lo que la discreción me permitía para hacérselo saber. Ignoro si lo ha sabido.»

¿Cómo, Montalembert, enfermo y atormentado por muy acerbos dolores, correspondía a sentimientos tan afectuosos, tan llenos de cariño y de muy honda caridad cristiana? Nos lo cuenta, también su biógrafo en una larga cita de la que importa tomar los siguientes conceptos:

«Esta reconciliación es para mí igualmente imposible e indeseable.»

»No se trata del perdón de las injurias. Espero estar en regla en este punto, pero se trata en primer término del honor, del que los católicos contemporáneos han aprendido a hacer poco caso; se trata, luego, de la causa católica, tal al menos como yo la he comprendido y servido hasta aquí.

»No tengo nada que satisfacer a Mr. Veuillot. (Observa el biógrafo que Montalembert había publicado cartas suyas a Lacordaire con pasajes particularmente hirientes para Veuillot.)

»El, al contrario, me ha insultado personalmente e indignamente calumniado...

»Si Mr. Veuillot retractara públicamente las injurias y las calumnias de que me ha públicamente gratificado, yo no le miraría menos como el enemigo más temible de la religión que el siglo XIX haya producido, pero podría y debería guardar con él la actitud prescrita por la cortesía entre personas distinguidas. En tanto no haya hecho esta retractación le tendré por un calumniador y un injuriador público con quien el respeto de mi buena fama me prohíbe toda relación, so pena de aceptar tácitamente las acusaciones e insinuaciones de que por su parte he sido objeto.

»Esto en cuanto a la cuestión personal. Pero en lo que toca a la general es mucho más grave. ¿Puede un hombre como Mgr. Mermillod creer en la utilidad, para la defensa de la causa católica, de una confusión que daría lugar a creer y decir que no hay otro catolicismo en Europa que el de la *Ilusión Liberal* y los *Olores de París*? ¡Qué! Esto en el mismo año en que este hombre (autorizado, no lo niego, por los alientos del Papa y los obispos) ha osado denunciar públicamente como herejes u oliendo a herejía a todos los católicos que no piensen como él...

»Supongo, por imposible, esta reconciliación operada con respecto al pasado. ¿Y en cuanto al porvenir? ¿En qué puntos estamos de acuerdo para defender la religión y la sociedad? Desafío a que se me cite uno solo...

»Me decís, querido amigo (se trata de Mr. Foisset a quien escribe en 26 de diciembre de 1866), que nadie quiere luchar. Y bien, yo sí quiero; y en tanto tenga un aliento de vida lo querré. Puedo sufrir las trabas y la mordaza que las circunstancias me imponen; pero absolver a los traidores y los locos que nos han conducido donde estamos ¡jamás! Se podrá impedirme hablar o escribir en adelante, pero nunca diré ni escribiré una palabra que no sea una protesta directa o indirecta contra el espíritu de que Mr. Veuillot es funesta encarnación entre nosotros.»

Veuillot no era liberal. Consecuente con sus sinceras convicciones se pasó la vida luchando contra el liberalismo con un empeño y una abnegación que le costaron grandes sacrificios, entre ellos, y no el menor, la amistad de Dupanloup y Montalembert, a quien hubiera querido ver jefe indiscutido de las fuerzas políticas católicas unidas en apretado haz en defensa de los derechos conculcados de la Iglesia y de la patria. Convencido de que el liberalismo era por aquel entonces el enemigo más temible, necesariamente había de entender que contra él había de luchar para defender los últimos restos de libertad que a la Iglesia le quedaban, aprestándose, además, a rescatar la que en derecho le pertenece porque la recibió del mismo Dios para emplearla en la salvación de las almas. No es raro que, cuando se apercibió de aquel intento de liberalizar a los católicos, entregándolos, rendidos, al campo de la Revolución, se aprestara a la defensa con el ardor propio de las causas que mucho importan, aunque tuviera que luchar contra compañeros y amigos tan queridos como Dupanloup y Montalembert. Natural era que a éstos les doliera no haber podido arrastrar a un amigo y compañero de tanta valía y peso en la opinión como el jefe de redacción del *Univers*. Pero, en justicia, ningún reproche podían hacer

a quien, fiel a los dictados de su conciencia, seguía firme en la línea que se había trazado. No hubo en Veuillot traición ni abandono siquiera de sus amigos. No se dejó vencer por los alegatos que éstos hacían porque tenía muy buenas razones para ello. Aparte de las luces de su clara inteligencia y de la experiencia dolorosísima de los daños que sufrían la Iglesia y la patria, le alentaban a mantenerse firme los obispos y el Papa, como reconoce el propio Montalembert, es decir, la Iglesia docente. ¿No se trataba de libertades de la Iglesia, de doctrina de la Iglesia? ¿Dónde, pues, había de ver, Veuillot, el camino seguro? ¿En los obispos y el Papa o en Montalembert?

¿Qué hacía Veuillot? Escribir y más escribir con aplauso del Papa, obedeciendo sus más manifiestos deseos, dando las razones que aprendía en la doctrina que los Pontífices predicaban. No podía forzar a nadie con el peso de su autoridad civil o religiosa quien nunca tuvo cargo alguno que exigiera obediencia. En aquella balanza, Veuillot, tan sólo podía influir con el peso de las razones y el ingenio con que lograra esgrimir las. Usaba del cristianísimo derecho de predicar la verdad practicando obras de misericordia de tanto precio como son las que a todos nos mandan enseñar al que no sabe, corregir al que va errado y dar buen consejo al que lo ha de menester. Aun siendo libre la cuestión, hubiera estado Veuillot en su derecho y no hubiera podido reprochárselo sus contradictores, aunque sí oponerle sus razones. Pero ¿acaso podían opinar libremente los católicos sobre el caso? Montalembert sabía que los obispos y el Papa alentaban a Veuillot en sus campañas, lo cual no deja de ser un dato importante. Y sabía algo más, concreto y decisivo a este respecto: que el Papa a él le reprochaba las doctrinas que frente a Veuillot oponía. Lo supo en 1852, con ocasión de haber publicado su obra *Los intereses católicos en el siglo XIX*, y sin lugar a ninguna duda con ocasión de sus discursos del congreso de Malinas.

Fueron dichos discursos resultado práctico de la famosa reunión de la Roche en Breny. Tanto como los ensalzaron los católicos-liberales alarmaron a los católicos sin tratos con el error. Algunos muy sabios y prudentes preladados se creyeron obligados a denunciarlos al Papa solicitando su intervención. Al Papa acudió Montalembert y acudieron sus amigos defendiendo los discursos; por ejemplo: M. Deschamps, ministro de Estado en Bélgica, muy alarmado de los males que temía si se condenaban las libertades modernas; los cuñados del orador, conde Werner de Merode y Mgr. de Merode, quien leyó al Papa una larga carta de Montalembert defendiéndose, «no sin experimentar una emoción que fué notada y compartida». Quien mayor actividad desarrolló en favor de su amigo Montalembert fué Mgr. Dupanloup, que estuvo en Roma desde noviembre hasta marzo visitando casi a diario al cardenal Antonelli, advirtiéndole al cardenal Patrizzi que si se llevaban los discursos a la Congregación del Índice acudiría ante ella para defenderlos. Nada menos que catorce audiencias tuvo con Pío IX pleiteando el mismo asunto. El Papa oía a unos y a otros y pesaba sus razones ante la presencia de Dios, dió el asunto a estudio de teólogos muy eminentes y no ocultó a Dupanloup sus reservas, aunque de buena gana le ofreció tratar a Montalembert con la consideración debida a sus positivos méritos. Este había escrito, defendiéndose, al cardenal Antonelli para que hiciera llegar sus razones ante el Papa. Muy delicadamente, Pío IX, en lugar de llevar el asunto por caminos que dieran por resultado una censura expresa y nominal, en la que no podía excusarse cierta publicidad, decidió resolverlo por la vía privada de una reprensión paternal, aprovechando contestar la carta recibida por el cardenal Antonelli, contestación que no se ha conocido hasta que la hizo pública del archivo de Montalembert su apologista P. Lecanuet. Merece recordarse el siguiente párrafo:

«Lamento decirle que el resultado del examen ha probado que las acusaciones contra los susodichos discursos (los de Montalembert en Malinas) no carecen de fundamento. Se les reconoce reprobables por el conflicto en que se encuentran con las enseñanzas de la Iglesia católica, con los actos emanados de diversos Soberanos Pontífices...» La gravedad de esta reprensión aumenta al decir en la misma carta que «el jefe de la Iglesia no podrá callar sobre la índole de ciertas doctrinas que se defienden con perjuicio de la religión católica y de la sociedad.» La carta es de 5 de marzo de 1864; la *Quanta cura* y el *Syllabus* de 8 de diciembre de 1864.

A cuenta de estos últimos trascendentales documentos se ha hablado mucho en determinados círculos de la intransigencia de Pío IX y muy poco de sus características bondad y prudencia. A Montalembert y sus amigos debieron bastarles, para persuadirse de que andaban extraviados, los alientos que Veuillot recibía públicamente del Papa. No fué así, antes bien arremetían en sus ataques contra el famoso periodista. Tanta pertinacia debía provocar medidas enérgicas, pero aún el Papa recurrió al cariñoso recurso de una reprensión privada. Mucha consideración, mucho aprecio y gran estima significa aquella carta, pero no menos manifiestamente en ella se corrige el error y se manda que se abandone. Malo era para Montalembert chocar con la sabia pluma de Veuillot, genial polemista de grandísimos recursos; mucho había de mortificarle ver cómo a él le abandonaban y a Veuillot seguían los católicos franceses. Lo peor en grado superlativo estaba en que tanta obstinación había puesto en evidencia cómo el choque no era con un escritor más o menos distinguido y estimado sino contra Pedro, la roca en cuya firmeza Cristo quiso fundar la Iglesia, aquella piedra en que han de estrellarse cuantos se obstinan en arremeter contra ella.

Ni aún entonces Montalembert rindió su juicio. Siguió pensando en que pesaban sobre el Papa influencias nefastas y creyendo que el gobierno de la Iglesia seguía el camino de las grandes calamidades. El acierto estaba en los dictados de la razón que a él le dictaba la verdad, aún en sus opiniones contrarias a la *Quanta cura* y el *Syllabus*. Se equivocaba el Maestro de la Verdad y quebraba aquella asistencia especial del Espíritu Santo porque se empeñaba la Iglesia en resistir los avances modernos que entonces y ahora son las doctrinas triunfantes de la Revolución francesa, como antes eran las del protestantismo. El cargo es grave y ha de justificarse. El P. Lecanuet transcribe grandes párrafos de una carta de Montalembert a Deschamps, demasiado largos para copiarlos en su integridad a pesar de su interés; hemos de contentarnos con algunas frases muy características. Estudia en ella los progresos del protestantismo y dice:

«... es necesario, después de haber tenido en cuenta la perversidad natural y siempre la misma (subraya él) de nuestra pobre humanidad caída, reconocer la causa de esta lamentable ruina en la corrupción odiosa y sin excusa de que la Iglesia se había dejado manchar durante los siglos XIV y XV en la lentitud incurable, en la impotencia radical de las reformas venidas de arriba; y en lo que toca a Inglaterra, es decir el hogar de la raza cristiana más numerosa del Universo, en la deplorable confusión establecida entre la verdad católica y las empresas del Papado contra la soberanía nacional. Vino el Concilio de Trento... pero nada ha reconquistado, ni una pulgada ni un alma. El catolicismo ha quedado durante dos siglos en *statu quo*, no sin honor, seguramente, y sin grandeza, pero sin el vigor y la fecundidad de otros tiempos, y en medio de mil abusos y mil escándalos imposibles de negar.»

«Cuando el Concilio haya crigido en artículos de fe el

»sistema político y social que surge de los actos de Pío IX, »lo que yo os señalaba más arriba no puede menos de llegar »sin falta. La Iglesia perderá gradualmente la mitad de »lo que le resta. La separación se hará sin ruido, sin guerra, sin una gota de sangre vertida, ¡incluso sin abjuraciones nacionales e individuales!»

Anunciaba para el futuro lo que por desdicha se estaba ya cumpliendo: la general apostasia política, instrumento poderoso de la indiferencia social. Pero así como culpaba al Pontificado de la apostasia protestante, le culpaba ahora de esta nueva apostasia consecuencia de aquélla. Para Montalembert la causa no está en la Revolución en su fase religiosa de la Reforma; ni en los principios que la Revolución francesa implantó en las naciones por el tortuoso camino de una política falaz; ni en los católicos que, sin hacer caso de los mandatos pontificios, se dejaban seducir por la Revolución y se convertían en eficaces auxiliares del mal. En cambio, encuentra grave causa de todo ello en los remedios que los Papas tratan de aplicar: su empeño de guiar al mundo enseñando la verdad sin atender a la reacción más o menos furiosa de los poderes de la tierra. Pase, aún, que se contentaran con predicar; lo que no se puede sufrir es que en nombre de Dios manden profesarla y cumplirla a todos, incluso a quienes gobiernan las naciones y a los hombres, con más empeño a los católico-liberales, siempre dispuestos a entrar en tratos con el error dominante por el afán de no irritarle, y muy atentos a la comodidad de ceder ante él para no sufrir la persecución y participar con el error de las ventajas del poder o la amistad de quienes gobiernan.

#### No con la Iglesia sino con la democracia calvinista

El día 18 de enero de 1865, día de la Cátedra de San Pedro en Roma, escribió Montalembert en su diario algo que importa conocer:

«Pido la gracia de la resignación y del respeto a esta »autoridad pontificia que en recompensa de treinta y cuatro »años de trabajos incesantes y desinteresados, me condena a la humillación y a la nada en el orden espiritual, »absolutamente igual que lo ha hecho el Emperador en el »orden temporal.»

Como estaba persuadido de su derecho a tomar parte en el gobierno de Francia y no podía sufrir que Napoleón hubiera prescindido de sus luces, creía tenerlo al gobierno de la Iglesia y estimaba lesivo que el Papa no le diera parte en él y se permitiera regirla en contra de lo que públicamente le aconsejaba. Para él el gobierno de los Pontífices tenía algo, y aun mucho, de constitucional con su consiguiente autoridad consentida y más o menos sometida a los dictámenes de las asambleas y las corrientes de opinión, que para eso califican de irresistibles. He ahí unas elocuentes palabras de Montalembert transcritas por el abate Besson, gran amigo suyo, y recogidas por Lecanuet:

«El gobierno de la Iglesia me preocupa mucho más que »la infalibilidad pontificia. Deseo un gobierno de grandes »vuelos, larga vista y amplias directivas. Quisiera ver a »todos los hombres selectos de la nación que fueren tomar »parte en los asuntos de la catolicidad; ampliar Roma su »centro para alcanzar mejor las extremidades, y al espíritu católico animar hasta en sus menores detalles la vasta »administración de la Iglesia, en la que la flexibilidad y »paciencia de los italianos pueden rendir sin duda grandes »servicios, pero en la que se podría desear también un »poco de la ciencia alemana, de la actividad francesa y de »la iniciativa propia de la raza anglosajona.»

Montalembert, que por sus dotes de orador tuvo un lucido papel en las asambleas políticas francesas, no creía en otra forma de gobierno posible, ni aun para la Iglesia, que el de las asambleas deliberantes. Quería para ella una asamblea, en la que el mundo entero estuviera representado, con facultades para debatir las grandes cuestiones con grandilocuentes discursos, con votaciones que se impusieran al Papa, logradas con habilidades o intrigas. Así escribía Pío IX en un Breve al famoso Dom Gueranger, gran amigo de Veillot y el *Univers*:

«Los adversarios de la infalibilidad son hombres que »gloriándose del nombre de católicos, se muestran completamente imbuidos de principios corrompidos, insisten en »enredos, calumnias, sofismas para reducir la autoridad »del jefe supremo que Cristo ha dado a la Iglesia cuyas »prerrogativas temen. No creen como los otros católicos »que el Concilio se gobierna por el Espíritu Santo; llenos »de audacia, de locura, de sin razón, de imprudencia, de »odio, de violencia, para excitar a las gentes de su bando, »emplean los amañeos con ayuda de los cuales se acostumbra a captar los sufragios en las asambleas populares; »tratan de rehacer la Constitución divina de la Iglesia...»

Por eso, Montalembert se entusiasmó con el anuncio del Concilio Vaticano: «¡qué prodigio y qué misterio!»; «saludo con tanta dicha como respeto esta inspiración providencial de Pío IX que colma las grandezas de su pontificado...». Concibió la esperanza de que de la santa asamblea saldría la rectificación del gobierno de la Iglesia que él exigía desde hacía tanto tiempo. Sigue en su obstinación de creer equivocado al Papa y confía en que el Concilio le rectificará. «La asistencia divina prometida a la Iglesia, »escribe, nunca ha protegido totalmente a sus jefes u órganos mortales. He aquí lo que demuestra la historia y he aquí lo que hemos olvidado o ignorado.» El Concilio es otra cosa, en sentir de Montalembert. En él puede tener su influencia y no omitió medio para ejercerla.

El *Syllabus* constituía su obsesión. Si en algún momento llegó a pensar que del Concilio saldría tan disminuido que prácticamente quedaría anulado en lo que a él le importaba, bien pronto empezó a temer que el Concilio lo recibiría con el acatamiento debido a la suprema autoridad que lo había dictado. Instó a sus amigos que, más prudentes, se le resistían. Tanta era su preocupación por el *Syllabus* que llegó a escribir a Mgr. Dupanloup: «Os »encarezco mucho que no permitáis que la cuestión de la »infalibilidad, por soberana que sea, predomine en vuestro »espíritu sobre la del *Syllabus* o las relaciones de la sociedad moderna con la Iglesia... ¿Cómo esta cuestión de la »infalibilidad, en la que nadie pensaba, ha llegado a ser »predominante?».

En el artículo necrológico que escribió Veillot a la muerte del famoso conde, decía lo siguiente: «Entre todos »los seculares de este tiempo, M. de Montalembert ha sido »quien ha prestado a la Iglesia mayores servicios y más »abnegados». Palabras sinceras en homenaje a las campañas de tan ilustre escritor cuando las cuestiones de la enseñanza y del poder temporal de la Santa Sede. Palabras muy generosas y un tanto exageradas, puesto que el mismo Veillot tomó en dichas campañas principalísima parte, con la eficacia que le era característica, y, además, ayudó al Papa con todas sus fuerzas en aquello que tropezó con la enconada hostilidad de Montalembert. Pero justo es reconocer que éste no llegó en su obstinación hasta caer en el abismo en que se hundieron Lamennais y el tristemente célebre P. Jacinto. Como tampoco está demás advertir que no se había definido aún el dogma de la infalibilidad pontificia y no faltaban gentes de mucha fama en cuyos espíritus reinaba la confusión acerca del alcance preciso de esta verdad fundamental. Ha de creerse que, si hubiera vivido hasta después del Concilio Vaticano, su ferviente deseo de seguir siendo católico y la gracia inapreciable de aquella

definición le habrían salvado del extravío en que se encontraba.

Extravío cuya raíz está en el excesivo culto a la razón humana, fuente del error liberal. El catolicismo vive de la Revelación; es decir: de lo que Dios mismo ha querido enseñar al hombre ordenándole su cumplimiento. Tesoro inapreciable confiado a la Iglesia, sujeta a la autoridad del Papa, porque así y no de otra manera quiso Jesucristo instituirlo con el encargo de conservar, interpretar y aplicar tan divino tesoro. De aquí que en el catolicismo goza la razón humana de aquella tranquila libertad de movimientos propia de quienes tienen un guía que con toda seguridad les libra de los extravíos que han de perderles. Quienes fían en la suprema soberanía de la razón humana y rechazan toda autoridad que le sea extraña, ni tienen para qué someterse a los dictados de otra razón de su misma naturaleza, ni encuentran un freno que la libre de sus posibles y tan frecuentes extravíos. Y así ocurre que, al someterse los católicos a la autoridad del Papa, libremente siguen el camino que Dios les ha ordenado seguir, y usan lo más rectamente posible de la razón, don preciosísimo que Dios nos ha concedido para hacernos libres. Quienes se apoyan en la razón para oponerse al Papa, la corrompen gravísimamente convirtiéndola en arma de rebelión contra Dios, encontrando en ella el abismo en que perece su libertad.

En este error incurrió Montalembert arrastrando a él a los católico-liberales. Minada la autoridad del Papa no podía encontrar otro freno posible contra los extravíos de la razón, que el contraste, la libre discusión entre todas las razones humanas, propia de aquellas asambleas deliberantes en que él tanto había brillado, que como lógica consecuencia reclaman el uso de las libertades modernas que dan al error las mismas libertades que a la verdad. Esto que es un absurdo para quien sabe que hay una verdad que no es fruto de la razón sino de la ley eterna y la divina Revelación, es lógico en quien no admite otro orden que el natural de la razón, en cuyo caso la verdad y el error son frutos iguales de la misma razón humana. Gobierno de asamblea sujeto a los dictados de la opinión más o menos incontrastable quería Montalembert para la Iglesia,

creyendo que en él encontraría ésta su libertad que resumía en la famosa fórmula: la Iglesia libre en el Estado libre, que como no podía menos de ocurrir ha sido el instrumento con que en las naciones cristianas se ha oprimido y sigue oprimiendo a la Iglesia. Arrastrado por la inflexible lógica de su extravío, olvidó aquella verdad fundamental predicada por el mismo Jesucristo: «*Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*», y se inclinó a lo que en definitiva es la democracia religiosa calvinista.

\* \* \*

Nos era necesario recordar lo que antecede, porque el *Ensayo* de Donoso sufrió no poco del encono de aquellas luchas contra Veuillot. Una de las más serias acometidas que hubo de sufrir el famoso periodista tuvo por causa el haber sido él el editor de la traducción francesa de aquella obra y haberla defendido en el *Univers* contra los ataques de Gaduel. Tan seria fue esta arremetida, que naufragó en ella una de las obras en que aquel campeón de la causa católica cifraba mayores esperanzas. De todo esto nos ocuparemos en otro artículo.

Hemos dado alguna extensión al relato porque ese afán reformador de la Iglesia sobre la base de hacerla aceptar las conquistas de la Revolución francesa en forma de modernas libertades, sigue encendido en no pocos corazones. No se acabó con Montalembert, como antes no se había acabado con Lamennais, ni después con los americanistas, modernistas y sillonistas de Marc Sagnier. Hoy día Maritain anda tras del empeño de lo que él llama una nueva cristiandad, olvidando que la Revelación terminó con la muerte del último de los Apóstoles, hace ya unos cuantos siglos. Y Maritain es, como Montalembert, hombre de talento, de mucho estudio, que goza de fama y ha prestado algún servicio de verdadera importancia, como es el haber despertado en la juventud francesa la afición a la filosofía tomista y al estudio de las obras de Santo Tomás. Por eso tiene sus admiradores, aun entre nosotros, muy inclinados a dejarse seducir por sus extravíos, de los que esperamos no ha de tardar en arrepentirse para volver a sus tiempos del *Antimoderno*, *Los tres reformadores* (Lutero, Descartes y Rousseau) y *Primacía de lo espiritual*.

Marsal de Figuerosa

## De lo que es el «Ensayo» y la lección que nos da

«La Teología, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el Océano que contiene y abarca todas las ciencias, así como Dios es el Océano que contiene y abarca todas las cosas.»  
(«Ensayo» Libr. I, Cap. 1.º)

### Vigorosa reacción de un corazón noble y creyente

No vamos a hacer una reseña de la personalidad de Donoso Cortés; sería ofensivo para la cultura de nuestros lectores el suponerles ignorantes de tan magna figura hispana del siglo pasado. Con motivo de una de sus obras sólo nos proponemos destacar aquel cambio notable que se produjo en su vida e ideas, al que él mismo denominó humildemente su «conversión».

Para comprender la primera fase de su pensamiento hay que situarse en el ambiente de la época. Joven, de excepcionales dotes de inteligencia y aficionado al estudio de las cuestiones políticas, necesariamente había de ser arrebatado por la corriente de los errores que viciaban la sociedad a principios del XIX. En pleno desarrollo de la semilla sembrada por la Revolución francesa y difundida por las huestes napoleónicas, la razón era la dueña absoluta de casi todas las inteligencias que se tenían por cultas. El jansenismo y el enciclopedismo originarios habían con-

ducido al desbordante racionalismo de entonces. Y, al igual que a un San Pablo, San Agustín o San Ignacio no quiso Dios privarles de una primera etapa negativa de sus vidas, para que luego la segunda, por reacción, fuera más esplendorosa y eficiente, así en este caso también permitió Dios que el joven extremeño estuviese en contacto, en un principio, y hasta llegase a asimilar parte, de aquellas perniciosas doctrinas, para que luego, su afán de hallar la Verdad le proporcionase la oportunidad de rebelarse contra sí mismo y encontrar el único camino que a ésta podía conducirle.

En vano su entendimiento pugnaba por remontarse a las altísimas regiones de aquélla; ligado como estaba por las ligaduras del racionalismo político, por otro nombre liberalismo, las que atando a lo terreno y mezquino de la vida impiden toda elevación, su alma de creyente estaba adormecida y no acertaba a volverse a Dios, que es en sí Verdad y fuente de toda verdad.

Bien poco frecuente es entre los mortales el confesar los errores que por espacio hayan obscurecido su entendimiento. Sin embargo, el Marqués de Valdegamas fue excepción. Con auténtica humildad reconoce su equivocación y la gracia divina que le hizo salir de ella.



En carta a uno de sus amigos dice a este propósito:  
 «Yo siempre fui creyente en lo íntimo de mi alma; pero  
 »mi fe era estéril, porque ni gobernaba mis pensamientos,  
 »ni inspiraba mis discursos, ni guiaba mis acciones.»

Refiriéndose a la fuerza superior que le permitió pasar de las tinieblas a la luz de la Verdad, dice:

«Aquí no ha tenido influencia ni el talento, ni la razón;  
 »con mi talento flaco y con mi razón enferma, antes que  
 »la verdadera fe, me hubiera llegado la muerte. El misterio  
 »de mi conversión es un misterio de ternura. No le amaba,  
 »y Dios quiso que le amase, y le amo; y porque le amo  
 »estoy convertido.»

Una vez enfrentado con esa Verdad, todo se explica perfectamente. Arrancada la venda que cegaba sus ojos, su reacción de vidente se traduce en un afán de desquite, en ansias de disfrute de esta verdad, en anhelos de combatir contra aquello que le entorpeciera para llegar a ella.

Con gran acierto dice Veuillot (1) que la Providencia había encaminado a Donoso Cortés a París (2), centro de los principales errores que había de combatir. Aquel intelecto prodigioso, iluminado por la nueva luz, sintió la necesidad de acudir a combatir el mal en su propia cuna. Febril se entregó a la tarea y así, relativamente poco antes de su muerte, allí apareció esa magnífica síntesis de doctrina política y cristiana que es el «Ensayo».

#### «Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo»

¿Qué es el *Ensayo*?

Ya queda dicho y poco tenemos que añadir. Es una reacción y una expansión: Una reacción contra los desafueros de la razón; una expansión de un alma iluminada por la luz de la Verdad. Un afán de restablecer los derechos de la libertad humana, encerrando a la razón dentro de los límites que le trazara la Sabiduría eterna. Una contraposición entre la auténtica y verdadera libertad, la cristiana, y la falsa libertad, la racionalista.

También podríamos decir que el *Ensayo* es una exposición teológico-doctrinal de principios y problemas políticos. Un análisis de errores liberales. Un esfuerzo para restablecer en la sociedad el imperio de las verdades católicas, poniéndola de nuevo bajo la tutela y amparo de la Iglesia, y haciendo que su espíritu vivificante y sus fecundas enseñanzas penetren y dirijan a los entendimientos, los corazones, las costumbres, los gobiernos y las naciones.

Se podría, por fin, con Gabino Tejado (3), decir que es un libro que:

«... estudiando con la historia en la mano la filiación  
 »del moderno liberalismo; indagando, a la luz de la razón  
 »católica, la radical impotencia de las doctrinas liberales  
 »para resolver, ni aun para plantear, los grandes problemas  
 »relativos al orden político, al orden social y al orden hu-  
 »mano; mirando con ojos que ven, y escuchando con oídos  
 »que oyen los estragos producidos por la aplicación de las  
 »consecuencias lógicas de aquellas doctrinas, examina  
 »desapasionada y desinteresadamente los principios teo-  
 »lógicos, sociales y políticos en que descansan, para en-  
 »contrarlos: impíos en el orden teológico, disolventes en  
 »el orden social y contradictorios en el orden político.»

No es de extrañar, pues, que la aparición de este libro causara sensación, particularmente entre las huestes liberales. Se comprende perfectamente que el Conde Raczynski, desde Madrid, escribiera a Donoso (4):

«La agitación de los partidos es extrema: y los que se  
 »agitan son los señores Mon y Pidal con todos los doctri-  
 »narios que han adquirido importancia y fortuna gracias

»a la revolución, al régimen parlamentario, a la prensa y  
 »a sus discursos...»

Y que en su contestación al mismo Conde, desde París, refiriéndose a la obra que comentamos, escribiera Donoso (5):

«Mi libro se ha publicado en París; los liberales todos  
 »están furiosos, y no dejarían ciertamente de anonadarme  
 »si pudieran.»

No nos adentramos en más pormenores de la sensación producida por este libro por ser objeto especial de otro artículo en este número.

#### La «Tierra de nadie» doctrinal y la lección del «Ensayo»

En tiempo de la primera Guerra europea quedó consagrada la expresión «tierra de nadie» (6) con la que se designaba la zona intermedia entre los dos bandos en lucha, fuera de la jurisdicción de uno y otro.

Pues bien; en la lucha de las ideas se pretende crear también una «tierra de nadie». En la convergencia de lo político con lo doctrinal y teológico, con sobrada malicia, y con intención de evitar el sano estudio de los problemas, los enemigos de la Iglesia tratan de establecer un vacío a base de la siguiente sofística afirmación:

*A los seglares les está vedado su estudio por cuanto no están suficientemente preparados en teología; y a los sacerdotes no les es dado abordarlos, puesto que no deben meterse en política.*

Conclusión: ni unos ni otros pueden tratarlo, luego nadie está capacitado para su estudio y, en consecuencia, o son inabordables estas cuestiones político-teológicas, cosa absurda, o hemos de rechazar como falsa la premisa. Esto fué lo que hizo Donoso Cortés, y esto es lo que debemos hacer nosotros.

Proudhon, cuyo nombre se trata de actualizar, y hasta hay autor que pretende darle cierto matiz católico a sus doctrinas, escribía (7):

«Es cosa que admira el ver de qué manera en todas  
 »nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la  
 Teología.»

Con razón dice Donoso que nada en ello hay que cause sorpresa, sino la propia sorpresa de Proudhon. La Teología, al ser la ciencia de Dios, es ciencia de todas las ciencias. Donde Proudhon dice tropezar, allí Donoso triunfa admirablemente y demuestra no sólo la posibilidad, sino la realidad de la perfecta armonía entre la ciencia teológica y la ciencia política, cuando ésta no se aparta de los principios cristianos.

Y eso es su *Ensayo*. Una demostración evidente de la falsedad de quienes pretenden que los problemas de este orden no son abordables por seglares. Una lección admirable, que nos legó hace cerca de cien años, de como, con la adecuada prudencia y ponderación, pueden y deben tratarse, atestiguada por el ejemplo esplendoroso de este compendio teológico doctrinal que mereció elogios tan destacados como el del ponderado periódico romano *La Civiltà Cattolica*, que en aquellos días (8) decía:

«... nos sorprende y maravilla que un seglar, no educado ciertamente en las aulas de un Seminario o en el sagrado recinto de un claustro, conozca, tan de lleno como él la conoce, la economía de la ciencia teológica, y penetre con tanta seguridad en los misterios más escondidos y en las más delicadas cuestiones.»

El propio Pontífice, Pío IX, en carta fechada en Roma el 23 de marzo de 1853, con este motivo, le felicitó y otorgó su Bendición Apostólica.

Fernando Serrano y Misas

(1) Introducción edición francesa Obras de Donoso Cortés. - París, Vatón, éditeur, 1858.

(2) Allí se encontraba, en esta época, como Embajador de España.

(3) «Noticias iográficas» de Donoso Cortés, pág. XCI.

(4) Carta de 10 de Junio de 1852.

(5) Carta de 22 de Junio de 1852.

(6) «No man land» en la expresión original inglesa.

(7) «Confesiones de un revolucionario», pág. 34.

(8) Número correspondiente al 16 Abril 1853.

# Política de principios y política de realidades

## Religión y política

Se ha dicho, y se ha repetido con machacona insistencia, que los problemas económicos ocupan un lugar preeminente en la determinación de la línea de conducta que siguen los dirigentes políticos de los Estados; y a tal extremo llega esta conclusión, mantenida por algunos con carácter axiomático, que cuando se suscita en el interior de un país o en un plano internacional, un punto cualquiera de fricción, inexorablemente se invocan fuertes intereses materiales para señalar el origen de las dificultades aptas de suyo para provocar conflictos graves, sin excluir las conflagraciones mundiales.

¿Qué hay de verdad en tal aserto?

Hemos de hacer constar en primer lugar, que el problema, aunque no absolutamente insoluble, es a veces delicado, y lo calificamos así, porque casi siempre que se trata de encontrar una explicación sincera y terminante del origen de las gravísimas cuestiones en que se debaten con excesiva frecuencia los pueblos, llega un momento en que los datos clave capaces por sí mismos de desenredar la madeja, desaparecen como por encanto, y una densa obscuridad cubre las manos que sostienen los hilos de la trama.

¿Son acaso los intereses materiales de poderosas empresas los que se ocultan en el cavernoso tinglado?

Así lo aseguran muchos. Tal guerra, afirman, la han provocado unos pozos petrolíferos en disputa; o el afán de lucro de algunos consorcios de industrias bélicas; o la conservación de una vía imperial de comunicaciones; o cualquier otro motivo semejante.

No negamos en términos absolutos, que alguna disputa de esta índole haya podido determinar en ciertos momentos medidas militares concretas, o señalar incluso ciertas directrices políticas; no se trata de esto. Se trata de averiguar si la última razón que mueve la conducta política de las naciones, capaz por sí misma de producir cambios profundos en la marcha de la sociedad, está basada esencialmente en motivos económicos.

Para comenzar, recordaremos el principio formulado por Donoso Cortés: en la base de toda cuestión política, hay una cuestión religiosa.

Planteada así la dificultad que nos ocupa, deja de ser una dificultad absoluta.

Los hechos nos dirán si aquel principio responde a una permanente realidad.

## Un ejemplo en el siglo XIX

La «pax británica» representa la mayor alegación para los que sostienen la supremacía del oportunismo frente a la política de principios, y, sin embargo, creemos que constituye una de las mejores pruebas de que el mundo se agita principalmente por los problemas que afectan de un modo vital al espíritu.

En aquel período hallamos un acabado ejemplo en la actuación de un Lord Palmerston, cuyo nombre llega casi a ser sinónimo de los movimientos revolucionarios que ensangrentaron a Europa en el pasado siglo. A través de los diplomáticos ingleses, Palmerston se convirtió en el personaje más influyente del liberalismo, no en balde era uno de los peones principales del juego masónico. ¿Quién

podría sostener la teoría de que la única finalidad del gabinete inglés en aquellos años era la consecución de una supremacía económica?

Cierto que a través de los movimientos revolucionarios que conmovieron la Europa, Gran Bretaña logró éxitos importantes en el terreno de los negocios; pero ello se debió en gran parte al hecho de que los pueblos quedaron debilitados y a merced de aquella gran potencia. Sin embargo, no eran éstos, esencialmente, los objetivos perseguidos, sino la destrucción de las fuentes de resistencia contra el espíritu liberal, del cual era instrumento precioso el señor Palmerston.

Dígalo, si no, la intromisión británica en España en aquellos días.

Como simple exponente, el escrito confidencial enviado por Palmerston al embajador inglés en España, Bulwer, que significó una intervención explícita en la política de nuestro país para abrir paso franco a los elementos revolucionarios en su lucha para la conquista del poder, es harto elocuente. Dice así: «Marzo 16 de 1848. Muy señor mío: Tengo que mandar a usted que recomiende muy particularmente al Gobierno español y a la Reina madre, si se le presenta a usted una oportunidad para hacerlo, *adopten una conducta de gobierno legal y constitucional en España*. La reciente caída del rey de los franceses y de toda su familia, y la expulsión de sus ministros, deben enseñar a la corte y al Gobierno español, cuán peligroso es tratar de gobernar al país de una manera que esté en contradicción con *los sentimientos y opiniones de la nación*; y la catástrofe que ha tenido lugar en Francia demuestra necesariamente que aun un ejército bien disciplinado es una defensa ineficaz de la corona cuando la conducta observada por ésta está en contradicción con *los sentimientos generales de la nación*. Sería prudente que la Reina, en el actual estado de los negocios fortaleciese el gobierno ejecutivo, dando ensanche a las bases sobre que está fundada la administración, y llamando a sus consejos algunos de aquellos hombres que poseen *la confianza del partido liberal*. Tengo el honor, etc. Firmado: Palmerston. Al muy honorable Henry Lytton Bulwer».

A través de las frases contenidas en esta carta, ¿quién puede sostener que solamente se trataba de conquistar un mercado o de lograr ventajas financieras? Tal vez los elementos patrocinados por Palmerston hubieran correspondido desde el poder al interés demostrado por el Estado inglés, pero eso hubiera sido una mera consecuencia de lo fundamental.

Gracias a Dios, la decisión de un Narváez imposibilitó la maniobra liberal, y la *defensa* por un ministro protestante de «los sentimientos y opiniones de la nación» católica, quedó reducida, para bien de España, en una mera intentona; intentona que se ha repetido últimamente con el fin de instaurar, en oposición al sentimiento católico del país, una insultante «libertad de cultos».

## También en nuestros días...

Cuando Benjamín Disraeli escribía en *Coningsby*, que «el mundo es gobernado por personajes completamente distintos de los que creen los que ignoran la vida de entre bastidores», aludía directamente a esa cuestión.

Muchas veces, las grandes empresas que parecen luchar

tan sólo para el aumento y prosperidad de sus negocios, son en realidad avanzadas encubridoras de elementos que nunca aparecen en escena. Tras de la cortina de los negocios son en ocasiones los más firmes puntales de la obra revolucionaria.

Recientemente, es un sencillo ejemplo, fué denunciada una importante empresa de los Estados Unidos de financiar el órgano de prensa del partido comunista en aquel país.

Y eso se repite hasta la saciedad, como una clara y terminante demostración de que a pesar de todas las apariencias, la lucha por los principios es la determinante de la mayor parte de los problemas y conflictos que se suceden en el mundo.

Inglaterra ha sido repetidamente definida como nación oportunista en alto grado. Sin embargo, incluso en su política interior prevalecen determinadas normas que constituyen obstáculos infranqueables para quienes no se sujetan al socaire de la doctrina liberal. ¿Acaso tolerarían los corifeos del protestantismo la presencia de un monarca católico en Buckingham?

¿Y quién ignora la oposición invencible a que se han visto condenados los personajes católicos, candidatos a la Presidencia de la República estadounidense, y hasta a cargos de inferior categoría? ¿Acaso los sectarios se mueven en tales casos por móviles distintos a un espíritu profundamente anticatólico?

Los mismos partidos demócratas, más o menos cristianos, son calificados a menudo de conglomerados sin ideales fijos, movidos tan sólo por un afán de lucrarse con las grandes prebendas que se ofrecen a los partidos victoriosos. Sin negar que en muchos momentos la táctica de tales partidos puede estar influida en un deseo de permanecer en el poder, se errarían totalmente los que negaran la existencia de aglutinantes poderosos, no ciertamente de índole material. ¡Ahí está el fundador de *Le Sillon*, miembro destacadísimo del M. R. P.! ¡Ahí está la doctrina de un Dom Sturzo, claramente orientada por principios que nada tienen que ver con la estrategia electoral o con el mantenimiento de mayor o menor número de carteras ministeriales!

Quiérase o no, los problemas al parecer insolubles que azotan a la humanidad son de una naturaleza eminentemente espiritual. Por eso las soluciones que se presentan rozan siempre, con mayor o menor profundidad, y a veces totalmente, el terreno religioso. Por la misma razón, los católicos no podemos permanecer indiferentes a los mismos, como nunca ha permanecido indiferente la Iglesia cuando los más variados errores han tratado de destruir o desvirtuar los cimientos permanentes de la Verdad.

### Un texto de Balmes

Balmes ha explicado sucintamente la cuestión con las siguientes palabras: «Examinando a fondo la Historia y consultando la experiencia se puede notar que las revoluciones, las restauraciones y, en general, todos los grandes hechos políticos, aunque presenten decidida tendencia a ciertas formas políticas, aunque parezcan animados de un principio exclusivamente político, no es, sin embargo, así: *la cuestión en la superficie es política, pero en el fondo es social*; el ruido se mete en las formas, pero *la vista está en objetos que afectan al corazón de la sociedad*. Se suele decir que las formas políticas deben ser consideradas como

un medio el mirarlas como un fin; pues bien, esta doctrina que se enseña como un adelanto, es ya conocida de muy antiguo, sino con toda claridad teórica, al menos en confuso, y, sobre todo, es sentida vivamente, y lo que es más, es siempre realizada».

Y prosigue: «Este es un hecho que explica muchas consecuencias de las revoluciones, restauraciones, partidos, en una palabra de todo lo tocante a política. La cosa es muy sencilla: *los encargados de la propagación de ciertas ideas*, de la conservación, protección y fomento de ciertos intereses juzgan que les es conveniente ésta o aquella forma política, este o aquel sistema político y, en consecuencia, los ensalzan, los proclaman y procuran de todos modos establecerlos y asegurarles predominio. Tanto es el ruido, tantas las protestas que *la cuestión política llega a parecer la dominante, y entonces las ideas y los intereses que han de medrar al abrigo de aquellas formas o sistemas quedan como involucrados, ocultos, apenas se divisan*. Pero, ¿queréis descubrir el secreto? Es muy fácil: observad atentamente la marcha de los sucesos y bien pronto la incesante movilidad de las cosas humanas y la extrema variedad de los objetos que se tocan, se rozan y complícan en la sociedad nos ofrecerán ocasión oportuna».

Pasando del plano teórico al examen de la realidad, añadía más adelante:

«Nadie ignora el profundo arraigo que tienen en Inglaterra las formas, los sistemas y hasta los hábitos de libertad política, y, sin embargo, *esta libertad se ha visto por mucho tiempo limitada*, comprimida en tratando de un principio que estaba en oposición con otro principio que se había enseñoreado de la sociedad inglesa; la posteridad preguntará con admiración: *¿Cómo era posible que en Inglaterra, en esa Inglaterra que ha llegado a obtener el título de país clásico de la libertad, hubiese ya transcurrido el primer tercio del siglo XIX y todavía fueran menester grandes esfuerzos para obtener la emancipación de los católicos?* ¿Quién creyera que el principio político que tan arraigado, tan dominante estaba en el país, estuviese constreñido por tanto tiempo, impedido de extenderse, privado de un desarrollo que le era tan natural y tan propio? Y, sin embargo, la extrañeza no es difícil de explicar si se recuerda la verdad que acabo de establecer y se la aplica a la Gran Bretaña.

»Observando el curso de las revoluciones de ese país se nota que ha notado en ella mucha parte y ejercido poderoso influjo el principio protestante. Triunfó este principio, apoderóse de la sociedad inglesa, no tan sólo estableciendo el predominio de las ideas, que eran su consecuencia, sino ligándose con muchos y grandes intereses materiales. *En el catolicismo veía a su adversario más temible*: éste era un rival lleno de vida y robustez por su misma naturaleza, poderoso en muchas regiones del globo, y que, una vez introducido en la arena, podía disputar el terreno con probabilidades de victoria. Y ésta es la razón por que, *en tratándose de los católicos, no se ha querido que el principio político dominante diera sus consecuencias*, se le ha desnaturalizado; si el espíritu del siglo, del imperio de las circunstancias han recabado alguna medida favorable a los católicos, no se les pierde por esto de vista.

»... En Inglaterra, el Trono y la aristocracia están íntimamente ligados con el protestantismo, nueva confirmación prueba evidente de que las formas y sistemas políticos figuran como secundarios, *como instrumentos con respecto a las grandes ideas e intereses que afectan al mismo corazón de la sociedad*».

C. Rovira

# Bandera de contradicción

“Moyenageux, sans prudence ni mesure...”

En las páginas de la obra de J. du Plessis, «La Caravane Humaine», se leen las siguientes líneas:

«... Ah! le rêve ingénu de nos libéraux qui se crurent éternels dans son univers en extase devant le progrès et les libertés, la science et le génie de l'Occident!! Pie IX leur sembla moyenâgeux, sans prudence ni mesure de condamner leur cher axiome «que le pontife romain peut et doit se reconcilier et se mettre d'accord avec le progrès, le libéralisme et la civilisation moderne»; Léon XIII et ses successeurs, de vouloir, dans le monde de Bergson, de Tolstoi et de Descartes, de Hegel, de Kant, de Spinoza et de Nietzsche, renvoyer l'Eglise rue du Fouarre, à l'école de Frère Thomas; Pie X de proscrire le modernisme et d'en laisser aux seuls protestants les principes féconds et les judicieuses méthodes. On constate aujourd'hui l'illusion et combien les vues de ces grands papes furent profondes, leurs décisions sages.»

## El escándalo

En efecto. Pío IX les había parecido obscurantista, sin prudencia ni mesura.

¿Dónde se había visto, en el siglo de las luces, condenar la proposición de que el Papa «debe reconciliarse con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna»?

Dura fué la congoja. Tan «dura», que, ochenta y tantos años después, aun en algunos ánimos «perdura».

Era un choque neto, un golpe dado, de frente, cara a cara, contra la entera mentalidad del siglo.

Y era, también, la aplicación valiente y llena de consecuencia del consejo evangélico. «Opportune» e «importune». A veces no queda otro remedio: precisa ser inoportuno. El bisturí, por ejemplo, siempre lo es. Pero su inoportunidad vence la gangrena y salva las vidas. Tal ocurrió con el bisturí que a la Sociedad supo aplicar su supremo Médico el 8 de diciembre del año de gracia 1864, décimo aniversario de la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción.

## Escándalo en España

Al bueno de don Cristino Martos no se le podía sacar el susto del cuerpo. Cinco años después, aun le duraba. Ante las noticias sobre la convocación del Concilio Vaticano, entre lágrimas y suspiros, como Ministro de Estado de aquella «España con honra» que hacia poco se había proclamado en la bahía de Cádiz primero y sobre la sangre de los campos de Alcolea después —una España que no era tal España, y una honra que no era tal honra—, se dirigía a su representante en Baviera, donde, llevada la batuta por el príncipe de Hohenlohe, se incubaba una conspiración de parte de las llamadas «potencias católicas» contra los santos designios del Pontífice.

«... No menos extraño sería ver convertidas en decretos conciliadores las graves proposiciones del *Syllabus*», le decía. «Semejante medida sería la declaración oficial de una guerra sin tregua entre el catolicismo y el espíritu de que proceden el derecho y las instituciones políticas de nuestro tiempo...»

¡¡Pobre don Cristino Martos!! ¡¡¡Pobres liberales!!! No hay duda que el liberalismo, allí donde pueda haber revestido caracteres de buena fe —queremos, ex profeso colocarnos en el terreno más favorable a nuestros adversarios—, se ha acreditado siempre de una ingenuidad rayana en la estulticia y, sobre todo, de un desconocimiento

de la más elemental historia, frontero, esta vez, en la ignorancia. «Guerra entre el catolicismo y el espíritu de que proceden el derecho y las instituciones políticas de nuestro tiempo...» Pero, y a su vez, preguntamos nosotros, ¿de dónde proceden el moderno progreso y la moderna civilización, sino del Cristianismo? ¿Quién, si no la Iglesia, en una larga y paciente labor de un milenio, fué la que educó a los pueblos bárbaros y los convirtió, de fieras que antes eran, en las magníficas modernas naciones? ¿Quién, si no la Iglesia, antes de esto, había sido capaz de civilizar —si, ésta es la palabra— al propio Romano Imperio, haciendo humana y decente una Sociedad cuyo solaz, durante siglos enteros, habían sido las bestiales luchas de gladiadores en los anfiteatros, o las infames torturas a que se sometía a los cautivos? ¿No había jamás reflexionado don Cristino que sin mil años de labor de la Iglesia, en lugar de haber nacido para ministro, hubiera nacido hijo de una abyecta esclava?

«Guerra entre el catolicismo y las modernas instituciones políticas...» Esta absurda posición, típicamente liberal, calumnia que tan enraizadamente se ha introducido dentro de nuestras propias conciencias, calumnia que desde que «brillaron las luces» del siglo XIX flota en el ambiente, se asemejaría a la posición que adoptasen unos hijos, menores de edad aun, y que, enriquecidos por el tenaz y honesto esfuerzo de su Padre, una vez en posesión de la pingüe herencia, se atribuyesen torpemente todo el mérito de la misma y pretendiesen relegar al progenitor al asilo de ancianos, calificándole de incapaz y hasta de enemigo. A tal cosa suenan aquellas otras declaraciones del mismo famoso Ministro de Prim cuando, dirigiéndose ya directamente a su Encargado de Negocios en la Santa Sede, lleva su pedantería hasta calificar al espíritu de la Iglesia como «incompatible con el que infunde vida y vigor al mundo moderno», como enemigo de «las ideas que constituyen la esencia de la civilización contemporánea».

Y, digno liberal de aquellos de los que, donosamente, se afirmaba que «amaban tanto la libertad, que no se contentaban con la suya propia, sino que querían también la de los demás», llegó, en el primero de los dos documentos citados a anunciar: «En tal confianza, el Gobierno de S. A. (aquí se refería al del Regente Duque de la Torre) no ha creído conveniente faltar a sus principios liberales impidiendo la participación de los prelados españoles en las deliberaciones del próximo Concilio». He aquí cómo asomó la primera triste consecuencia del liberalismo cesarista: el fantasma del salvoconducto. Triste anuncio de lo que había de venir, de la terrible regresión que iba a ser este siglo XX. En pleno «oscurantismo» medieval, manda Jaime I, el gran monarca de Aragón, «que tots los camins de la Corona sien lliures de nit i de dia al trànsit». Cuando fray Tomás de Aquino predicaba en París, los caminos de Europa eran libres, y los estudiantes, hatillo en mano, no tenían más enemigo que la distancia para ir a escucharle. Mas había de ser en el siglo XIX, cuando se desarrollaban increíblemente los actuales modernos medios de locomoción, precisamente en la década en que se construyeron, doquier, las principales arterias ferroviarias de que aun hoy nos servimos, siglo orgulloso de la extraordinaria libertad que en él se gozaba, que un Ministro «del progreso», en España, agitate, por vez primera, el referido fantasma del salvoconducto. Y es que, como todos, olvidaba que, precisamente si se gozaba entonces de auténtica libertad, era porque ésta era una herencia —que se estaba ya alegremente dilapidando— legada por la labor de siglos de la Iglesia.

## Escándalo en Francia...

«... Y decidle, añadió por lo bajo Napoleón III, decidle a Su Santidad, que suspenda este *Syllabus*. Por lo menos, que nos pongamos de acuerdo para que no se conozca en Francia. Si a esto se aviene, creo poder garantizarle, perpetuamente, la protección militar con que le vengo asistiendo. De lo contrario, no sé si podré mantenerse...»

Los escasos años de aparente paz que gozó Pío IX, fueron, constantemente, años de insidia. Cuando no se le echaban, con toda crueldad y furia, las fieras del anfiteatro, era la serpiente, la que, pérfida, se enroscaba a su alrededor, aprovechando la constante colisión de deberes que en los últimos años de poder temporal hubo de amargar todos sus instantes, a causa de la malicia refinada de la conjura...

La proposición, artera, pone al descubierto cuanto temía la Secta el golpe del cayado del Pastor. Napoleón III, hombre, sin duda, no perverso, contemporizador y débil, debía su trono imperial, como es bien sabido, a la mayor de las paradojas: al apoyo inicial de las Sectas, como antiguo carbonario, y al circunstancial, pero definitivo, que más tarde le prestaron los católicos franceses, para apartar el mal mayor de la revolución. Figura débil, si por su natural tendía, sobre todo bajo la influencia de su esposa, la noble Emperatriz Eugenia, la más clara figura de su tiempo, hacia los últimos, se hallaba, no obstante, en manos de los primeros. El viejo conspirador seguía juguete de aquellas fuerzas ocultas que, cuando hacía falta, cuidaban de recordarle su presencia mediante el oportuno atentado. Toda la historia del segundo Imperio es un desconcertante péndulo que oscila entre ambos extremos.

Tanto temía la Secta la gallarda posición del Papa, que, ante el peligro del *Syllabus*, pensó, por un momento, incluso en una «máxima concesión», en aplazar su sueño dorado: la expoliación de Roma. Napoleón —lo presumimos— debía quedar, de momento, tranquilo. Como Pilato, cuando para evitar «males mayores» decidió azotar a Jesús, esperaba que iban a dejarle en paz. Hasta su propia mujer. En todo igual que el Procónsul.

Por ello Napoleón se dirigía al Pontífice: «Suspende tu *Syllabus*», le insinuaba. «¿A qué este documento comprometedor?» Incluso, quizá, como Poncio, desde el Pretorio, debía aconsejarle, cínico: «¡La verdad! ¿Qué es la verdad?». «Suspende tu *Syllabus*, y el fin de tu Pontificado será calmo. Este jirón de los antiguos Estados pontificios te será conservado y una áurea mediocridad coronará tus días.»

«¡¡¡Mas nosotros no podemos menos que hablar lo que hemos visto y oído!!!» (Hechos, IV-20.) Esta es la eterna respuesta de Pedro y de Juan a los poderes del siglo. «¡¡Non possumus!!!» Es la perpetua, la heroica resistencia del Pescador, crucificado cabeza abajo, de Pío IX, beñado y escarnecido. Non possumus. Oportunamente. Importunamente. Muchas veces, como ésta, importunamente. Napoleón III debía quedar estupefacto. ¿A tanto llegaba aquella «falta de mesura pontificia, que por la publicación de un documento comprometía todo el porvenir de lo Temporal»? Dícese que la emperatriz Eugenia, como católica y como española fué la única, en las Tullerías, que supo comprender la posición del Padre de todos. Ante todo, lo comprendió su corazón de hija y de cristiana. Y también, quizá, lo comprendió su altiva sangre celtibérica, que es raza que se rompe, pero no se dobla. La esposa del Pilato del siglo XIX era entera, y esta virtud era exponente entre sus demás virtudes. También esta noble emperatriz, en circunstancias heroicas, había, pocos años más tarde, de expresar su «Non possumus» (1).

(1) Importa recordar, en alabanza a la memoria de esta preclara mujer, que, cuando Regente, en pleno verano de 1870, se negó a encarnar la figura de Pilatos femenino. Su esposo, el Emperador, en plena debilidad y achaques, le había dejado las riendas del poder, y se hallaba en el frente, ante el alud prusiano: eran las vísperas de

Entre tanto, repetidamente, lo pronunciaba Pío, Papa IX, Vicario de Cristo en la tierra, como lo había ya expresado el primer Pescador ante el Sanhedrín.

## El liberalismo enemigo de ayer y de hoy

«El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna.» Ya lo hemos visto antes. El Papa estaba en su derecho al condenar esta proposición, porque el «progreso», la «civilización moderna» a que se refería el siglo, no eran el auténtico progreso conseguido por la Iglesia al educar a los pueblos, ni la civilización auténtica consagrada al signar las frentes bárbaras con la señal de la Cruz, tras un milenio entero en que los frailes habían enseñado, penosa y porfiadamente, a una humanidad caída de nuevo en la infancia, sendas y porvenir mejor. Era el seudoprogreso, la seudocivilización, que derrochaban los tesoros acumulados por aquél y por aquélla, el auténtico y la auténtica, al modo que el heredero corrompido y calavera destroza alegremente, en su libertinaje, los tesoros que trabajosamente amasaran sus antepasados. Y queda aún, además, por comentar, este otro punto, de los tres que figuran en la proposición: *el liberalismo*.

¡El liberalismo! ¡Palabra que electriza las santas energías de reacción de nuestros antepasados y los agrupaba en torno de nuestras banderas eternas, en heroico contrapeso al falso y deslumbrante prestigio que le otorgaban el mundo y el demonio y hasta quizá la carne!

El *Syllabus* fué, por encima de todo, el Documento pontificio antiliberal por excelencia. Piedra de escándalo, como hemos dicho, señal de contradicción, fué aviso providencial que llamó la atención al mundo católico contra la cizaña que el «hombre enemigo» había logrado sembrar. ¿Cabe exageración si decimos que el *Syllabus* fué el verdadero preludio y base del santo Concilio Vaticano, y que, al ser éste, a su vez, Renovación providencial de la Ciudad Santa, debe atribuirse, por tanto, a aquél, y a su Encíclica continente, la Quanta Cura, unas dimensiones de excepcional trascendencia? No sería, ciertamente, osado afirmar que, la lógica de las conclusiones, una tras otra, nos llevaría a afirmar que, si algún resto queda aún hoy de civismo y algunas esencias sociales en el Mundo, en el *Syllabus* han tenido el áncora de salvación.

Y nos toca, a nosotros, a nuestra Revista CRISTIANDAD, que nos honramos con acogernos a la bandera antiliberal que agitaban nuestros abuelos y que hoy parecen algunos, vergonzantemente, querer disimular, a nosotros, ramieristas, miembros del Apostolado de la Oración, que vindicamos los derechos de Jesucristo sobre la Sociedad humana en toda la plenitud de su divina realeza, recordar, aquí, que este *Syllabus*, este *Syllabus* que había hecho sudar de angustia a D. Cristino Martos y con él, antes y después de él, a tantos bien y mal intencionados, timoratos los primeros, aviesos los segundos, es un Documento de plena y perpetua actualidad, y de imprescriptible vigencia, como lo son

Sedán. Se adivinaba, ya, la catástrofe. Austria anunciaba su neutralidad; los distintos Estados alemanes del sur, especialmente Baviera, con quienes se contaba para detener a los hulanos, flaqueaban uno tras otro. En estas circunstancias, aquella serpiente aquel príncipe Napoleón, su primo, marido de la trieste Clotilde, hija y víctima propiciatoria de Víctor Manuel, relén que había sido en la conspiración de Plombières — a la que tanto nos hemos referido — trajo de Florencia una cínica proposición. El monarca italiano se aprestaba a una traición más: esta vez contra Prusia, que acababa de engrandecerle haciéndole posible la adquisición de Venecia que aquél había sido incapaz de conquistar. Víctor Manuel se ofrecía a ponerse al lado de Francia. Menguada, era, ciertamente, su ayuda, pero preciosa en otro sentido: porque ella era la condición impuesta por Austria para intervenir a su vez, sin temor de un segundo frente. Y la entrada de esta última era el frenazo definitivo de Prusia, era la salvación del Imperio francés. Y, para lograr todo esto, no había más que acceder a una condición: el precio que Víctor Manuel exigía era, solamente, el de tener las manos libres sobre Roma. La tentación, en el momento de la angustia máxima, no podía ser más fuerte. Pero Eugenia de Montijo, aún y sabiendo que en aras de su fé y de su lealtad se jugaba el trono y el de su hijo, no dudó un momento: su «Non possumus» ha quedado como una gloria inmarcesible que no puede regatearle la historia.

todos los Documentos magistrales de la Sede Apostólica.

Así, en sus páginas, condena Pío IX que se diga que «cada hombre es libre de abrazar y profesar la religión que haya creído verdadera, según la luz de la razón», que se ose mantener que con «el protestantismo se puede ser grato a Dios como en la Iglesia católica». Hace pocos años, en ocasión de la declaración de una famosa Carta, se vindicaron los llamados «derechos nativos» del hombre. Si tal Carta se observa como una reacción de los más elementales restos de la dignidad humana contra las abominaciones del nazismo y del comunismo, puede recibirse sin mayor expresión de protesta. Si se utiliza como argumento «ad hominem» en favor de minorías perseguidas, ante un Tito o un Stalin, puede, quizás, aceptarse la táctica. Pero nunca, jamás, tal carta, que ofrece paralelismo casi literal —quizás por casual coincidencia— con las proposiciones condenadas en el *Syllabus*, debe ser considerada como un ideal para nosotros, cristianos, para nosotros, hijos de la Iglesia, fundada sobre la institución del Papado. Todo lo contrario.

#### La esposa inmutable de Cristo, ayer, y hoy y siempre

Esposa nuestra Madre, esta Iglesia amada a que antes nos referimos, del Hijo de Dios, de Aquel que es, debemos en ella admirar, sin duda, en alguna forma, algunos como reflejos de la divina Esencia. Idéntico a Sí mismo, Ser necesario, el mismo Ser, es esencialmente distinto del mundo universo, físico o espiritual, constantemente mudable y contingente. Guardando determinada analogía, en el mundo moral y social, la Iglesia nos ofrece esta inefable diferenciación en relación a todo cuanto la rodea. Inmutable en lo esencial —su adaptación, en maternal táctica, al inclinarse hacia las humanas contingencias, no altera para nada sus fundamentos— la Roca de Pedro, persiste impávida e inalterable, mientras todo cambia en derredor. Y esta realidad nos debe confortar, y debe, más que otra ninguna, alimentar el sentimiento que ha sido felizmente llamado de «patriotismo cristiano», que es el que nos debe anclar, apasionadamente, en las luminosas riberas de nuestra Patria militante, antesala terrestre de la otra, la Triunfante, que en lo alto nos espera.

«¿Quién no guarda cerca de su corazón la historia de su madre?», contestaba Luis Veuillot a los que le preguntaban por qué tenía siempre a su vera algún tratado de historia de la Iglesia. Cristo ayer, y hoy, y siempre. Sienkiewicz nos pinta magistralmente a Pedro, en el Anfiteatro, ante el martirio de sus hijos fieles; la historia y la literatura nos muestran al Papa León, quien, al consagrar a Carlo Magno, coronaba una labor titánica; al Papa Gregorio VII muriendo en el destierro «porque había aborrecido la iniquidad»; al Papa Pío V proveyendo, afanoso, los preparativos de la gran Armada que en Lepanto había de salvar de la esclavitud al mundo. Mas ni Pedro, ni León, ni Gregorio, ni Pío V, habían manifestado nunca otra cosa que lo que proclamaba, siglos después, Pío IX: que el hombre no es libre —en el sentido de libertad que entiende el siglo— de profesar la religión que le dicte su capricho, sino que, por el contrario, debe diligentemente abrazar aquella que, única, es verdadera. En definitiva, si esta verdad no fuera absolutamente fundamental, no murieran por ella ni los cristianos en el Anfiteatro, ni coronara el Papa León al Emperador de los francos, ni feneciera en el destierro Hildebrando, la más grande figura de su época, Papa heroico, Gregorio, séptimo de su nombre.

Idéntica siempre a sí misma, inmutable, distinta de esta continua evolución que en el mundo moral y de las ideas parece querer hoy rubricar los delirios bergsonianos, la Iglesia, fundada sobre la Piedra, proclamaba con Pío IX exactamente los mismos principios que enseñaran Pedro y Pablo en la Cárcel Mamertina, y que son asimismo los que hoy repite nuestro Pontífice felizmente reinante, Pío Papa XII. Por lo tanto, si la Encíclica *Quanta Cura* tuvo, en su tiempo, la extraña virtud de conmover las conciencias, no vemos ninguna razón para que ahora no siga conmoviéndolas. Si chocó el *Syllabus* con los tremendos prejuicios liberales del siglo XIX, es muy natural y es muy lógico que ofenda los de nuestro siglo, los de este pobre siglo XX que se asienta en los errores de su antecesor, y que sobre él sólo tiene una ventaja, a cambio de tantos sufrimientos: y es ésta la experiencia del desengaño. Por lo menos, el liberalismo ya no tiene el prestigio de antaño.

Pero guarda, sin embargo, su atracción. El liberalismo es cómodo, y, además, sabe de elegancias. En los atrezos de hoy, agotado todo bajo la actual crisis de valores, se acude fácilmente a la resurrección de viejos modelos. El liberalismo, que adula los dos más profundos recovecos del corazón humano —el orgullo y el egoísmo más refinado—, tiene pasto asegurado en tanto subsista en nosotros la vieja concupiscencia legada por nuestros primeros Padres.

#### La santa intolerancia

Esta santa intolerancia del Pontífice, de los Pontífices-Reyes, nada tenía que ver con absolutismos ni con tiranías. Son el mejor testimonio los miles de anécdotas que esmaltan la vida de los Papas en sus paternales relaciones con sus súbditos... Abierta ya sin remedio la brecha de la Puerta Pia, herida sangrienta, miles y miles de veces los pacíficos habitantes de Roma añoraron los buenos tiempos del feliz régimen pontificio... En estas mismas páginas se ha consignado, por ejemplo, la protección especial que concedía a los estudiantes y artistas protestantes que acudían a la Ciudad eterna. Y con ello no hacía otra cosa más que seguir la tradicional transigencia que había sido siempre la característica más singular de los Estados de la Iglesia. ¿No vemos que, durante siglos enteros, expulsados y perseguidos en casi todas las naciones de Europa, no existía «ghetto» más tranquilo y más feliz que aquel que habían establecido los judíos al amparo del Vicario de Cristo? Ah, pero es que esta tolerancia, que es la auténtica, es la tolerancia con las personas, fruto de las máximas evangélicas, y de la caridad, que se extiende a todos los hombres, en los que ve imágenes del Creador común. Pero tal tolerancia nada tiene que ver con la de las ideas, que jamás hubiesen aceptado ni Pedro, ni Gregorio, ni ninguno de los cientos de Pontífices que se han sucedido en el Soglio, y entre los cuales descuella el hecho, de evidencia sobrenatural, de que, aun en los casos en que han sido alcanzados por las naturales miserias y flaquezas humanas, jamás se han desviado un ápice en su labor magistral. Un Juan XII, en medio de una triste conducta, es el Pontífice que bendice y anima la Reforma de Cluny, la más trascendental de cuantas ha registrado la eterna renovación de la Iglesia.

Al modo que el buen médico busca y cura a los enfermos, pero mata sin piedad a los microbios y a los gérmenes del mal. Esta ha sido, es y será la única y eterna economía del Papado. Oportuna e importuna. Y esta fué la santa inoportunidad del *Syllabus*, bandera de contradicción que este número de CRISTIANIDAD se honra en venerar

Luis Creus Vidal

# La lucha contra el comunismo

## Liberalismo y comunismo

Hemos oído recientemente de labios de testigos presenciales, espeluznantes relatos de hechos trágicos ocurridos en nuestros días, y que vienen sucediéndose sin solución de continuidad, en una nación, vanguardia del catolicismo militante. Quienes viven al socaire de un perezoso optimismo, se habrán sin duda preguntado: ¿Es posible que semejante tragedia haya podido caer sobre un pueblo, a pesar de las rotundas promesas de libertad y de las encendidas proclamas en defensa de los «derechos del hombre»?

Pero, preguntamos nosotros, ¿cabía esperar otra cosa del mundo liberal?

Porque lo que sucede en el país al que aludimos, viene sucediendo, con matices más o menos acusados, en otros países víctimas de la más horrible de las victorias guerreras.

Iglesias profanadas, sacerdotes asesinados, juventudes tiranizadas, episodios espeluznantes de tortura, campos de concentración, tribunales de venganza y persecución; tal es en síntesis el cuadro que ofrece gran parte de esta desgraciada Europa.

¿Culpa del comunismo? Directamente, claro está; pero ¿puede la democracia liberal desvirtuar su manifiesta complicidad en ese crimen de lesa humanidad que se está perpetrando entre el silencio interesado de los amigos y aliados del más terrible enemigo inmediato de la Cristiandad?

A raíz de la condena del gran Arzobispo de Zagreb, Mgr. Stepinac, algunos políticos responsables, ante el clamor indignado de las conciencias honradas, no pudieron menos que enviar telegramas de protesta... al Vaticano. ¿Cómo no los dirigieron a los autores de tamaño desafuero? ¿Acaso temían alguna respuesta desagradable? ¿Reclaron, tal vez, de que una formularia protesta pudiera interpretarse como una defensa *excesiva* del heroico pastor de Croacia?

Sea lo que fuere, lo cierto es que la ola de persecución que se abate sobre el suelo de Europa, continúa sembrando el tormento y la muerte entre los hijos de la Iglesia.

El liberalismo, encerrado en sus nefastos principios, contempla impasible la obra de los perseguidores. No en balde es el padre legítimo de los nuevos Neronos y Domicianos.

Ya Su Santidad el Papa Pío XI había enseñado: «No habría ni socialismo ni comunismo si los que gobiernan los pueblos no hubieran despreciado las enseñanzas y las maternales advertencias de la Iglesia; pero ellos han preferido construir sobre las bases del liberalismo y del laicismo otros edificios sociales, que parecían a primera vista potentes y grandiosos, pero que bien pronto se ha visto carecían de sólidos fundamentos» (1).

## La mentira del comunismo

¿Qué pretende el comunismo?

Lo ha contestado con breves palabras el jefe comunista francés Maurice Thorez, al dirigirse con la «mano tendida» a los católicos de su país: «No ahondemos las diferencias que nos separan discutiendo sobre una problemática felicidad ultraterrena; unámonos para conseguir la felicidad en este mundo».

He ahí sintetizada la gran mentira del comunismo. «Por encima de toda otra realidad, ha dicho Pío XI, está el

sumo, único, supremo Ser, Dios, Creador omnipotente de todas las cosas, Juez sapientísimo de todos los hombres. Esta suprema realidad, Dios, es la condenación más absoluta de las desvergonzadas mentiras del comunismo. Y a la verdad, no porque los hombres así lo creen, Dios existe, sino porque El existe, creen en El y elevan a El sus súplicas cuantos no cierran voluntariamente los ojos a la verdad» (2).

Por eso el principio ateo en que se fundamenta la escuela comunista, explica todos los errores de la misma. No es de extrañar, por consiguiente, que sus teorías sean «precisamente todo lo contrario de lo que exigen la ética natural y la voluntad del Creador»; y así sostiene «la expropiación de los derechos y la esclavitud del hombre, la negación del origen trascendente y primigenio del Estado y del Poder estatal, el horrible abuso del poder público al servicio del terrorismo colectivista», empobreciendo la persona humana al invertir «los términos de la relación del hombre y de la sociedad» (3).

Tales principios convierten al comunismo en un sistema *intrínsecamente perverso*, y no es lícito hablar de una transformación favorable de su programa en un sentido que le acerque a los postulados fundamentales del Cristianismo. Táctica favorita de los comunistas ha sido precisamente la de especular esencialmente con un aumento del bienestar material del pueblo, procurando «atraerse a las muchedumbres con diversos engaños, ocultando sus designios tras ideas que en sí son buenas y atrayentes».

Con tal abuso engañan doblemente a los inconscientes que caen en sus redes, pues a la mentira de su doctrina añaden la mentira de los designios que esperan conseguir. «Fingen ser los más celosos fautores y propagandistas del movimiento por la paz mundial; pero al mismo tiempo excitan a una lucha de clases que hace correr ríos de sangre, y sintiendo que no tienen garantías internas de paz, recurren a armamentos ilimitados.» Más aún: «bajo diversos nombres, que ni siquiera aluden al comunismo, fundan asociaciones y periódicos que luego no sirven más que para hacer penetrar sus ideas en medios que de otro modo no serían fácilmente accesibles; y *pérfidamente procuran infiltrarse hasta en asociaciones abiertamente católicas y religiosas*». Arma principal para estos menesteres, es la supuesta defensa de los hombres y de los pueblos oprimidos. Así nacieron los Comités antifascistas, los de defensa de los negros, de los judíos, de los abisinios, etc., en colaboración —¡no faltaba más!— de entidades masónicas del tipo de la «Liga de los Derechos del Hombre»; claro que tales organizaciones han faltado totalmente cuando se ha tratado de defender a los polacos, a los húngaros, a los croatas, etc., víctimas precisamente de los sin Dios y de sus colaboradores.

Con esta actuación han logrado quizá cazar algún incauto, sobre todo invitando «a los católicos a colaborar con ellos en el campo llamado humanitario y caritativo, proponiendo a veces cosas completamente conformes al espíritu cristiano y a la doctrina de la Iglesia», y procurando infiltrar la creencia de que «el comunismo en países de mayor fe y cultura tomará un aspecto más suave y no impedirá el culto religioso y respetará la libertad de conciencias». Para el éxito de esta artimaña, cuentan especialmente con aquéllos que, con mejor o peor intención,

(2) Pío XI. Enc. cit.

(3) Pío XI. Enc. cit. Todas las citas que señalamos entre comillas, en la continuación de este artículo, son igualmente de la propia Encíclica.

(1) Pío XI. Enc. *Divini Redemptoris*.

## A LA LUZ DEL VATICANO

afirman que por los «cambios introducidos recientemente en la legislación soviética», puede deducirse «que el comunismo está para abandonar su programa de lucha contra Dios».

Ante tan absurdos y funestos equilibrios, el Papa advierte a los fieles que «no se dejen engañar», y proclama terminantemente la maldad que encierra el comunismo, al enseñar que «no se puede admitir que colaboren con él en ningún terreno, los que quieren salvar a la civilización cristiana».

### Medios de lucha

¿Existe algún medio para luchar verdaderamente contra el comunismo?

En estos días está muy de moda, una vez más, hablar de los Estados Unidos de Europa, en función de agrupar a todos los pueblos liberales para oponerse eficazmente a la invasión del Oriente marxista. Unión de Estados que agruparía los más variados matices ideológicos, incluyendo a otros enemigos seculares de la Iglesia de Cristo, para lanzar una extraña «cruzada» contra los sin Dios, o por lo menos para impedirles nuevas conquistas en el viejo continente.

Tal parece ser la finalidad de ese *genial invento*; así lo dicen al menos algunos de sus propagandistas. Pero, posiblemente, la formación de tan inconsistente conglomerado no serviría más que para asfixiar los puntos de resistencia todavía existentes, facilitando indirectamente el asalto final de la revolución. ¿Cuentan ya los propagandistas del nuevo sistema continental con tal eventualidad?

No; no está ahí ciertamente el remedio. Pues, entonces, ¿dónde está? ¿Qué medios hay para combatir tan satánica doctrina?

En primer lugar hay que desenmascarar al «liberalismo amoral», que «ha hundido» en ruinas al mundo actual.

Después, tener presente que la Iglesia no se desinteresa de las cosas humanas, ya que «no tiene otra mira que la de realizar el feliz anuncio cantado por los ángeles sobre la gruta de Belén al nacer el Redentor: "Gloria a Dios... y... paz a los hombres..."; paz verdadera y verdadera felicidad también aquí abajo en cuanto es posible, con miras y como preparación a la felicidad eterna; pero a los hombres de buena voluntad».

Por tal razón, la Iglesia «ha fijado claramente principios y directivas que, prestándose, es verdad, a diversas aplicaciones concretas según las varias condiciones de tiempos, lugares y pueblos, indican el camino seguro para obtener el feliz progreso de la sociedad». Pero para conseguir tales fines, «es sumamente necesario que en todas las clases de la sociedad se promueva una más *intensa formación social*, correspondiente al diverso grado de cultura intelectual, y se procure con toda solícitud e industria la más amplia difusión de las enseñanzas de la Iglesia aun entre la clase obrera».

Con todo lo expuesto, el remedio fundamental, igual que «en todos los períodos más borrascosos de la historia de la Iglesia», estriba «en una sincera *renovación de la vida privada y pública* según los principios del Evangelio, en todos aquellos que se glorían de pertenecer al redil de Cristo, para que sean verdaderamente la sal de la tierra que preserva a la sociedad humana de una corrupción total». En este camino «queda mucho por hacer»; «son demasiados los que son católicos casi de nombre»; demasiados los que «no se preocupan de conocer mejor» la religión, «ni de adquirir una convicción más íntima y profunda y menos aún de hacer que al barniz exterior corresponda el interno esplendor de una conciencia recta y pura, que siente y cumple todos sus deberes bajo la mirada de Dios».

Hay que recordar —«queremos insistir más particularmente», dice el Papa— «dos enseñanzas del Señor, que tie-

nen especial conexión con las actuales condiciones del género humano: *el desprendimiento de los bienes terrenos y el precepto de la caridad*. «Todos los cristianos, ricos y pobres, deben tener siempre fija la mirada en el cielo, recordando que no tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos tras de la futura.»

Sin embargo, aunque «jamás se conseguirá hacer desaparecer del mundo las miserias, los dolores, las tribulaciones, a que están sujetos también los que exteriormente aparecen como los más afortunados», hay que tener presente que *existe una muchedumbre de indigentes que, por causas ajenas a su voluntad, están realmente oprimidos por la miseria*», junto a los cuales hay muchos «que se divierten inconsideradamente y gastan enormes sumas en cosas inútiles». Todo ello indica «que no sólo no es bien observada la justicia, sino que tampoco se ha profundizado lo suficiente el precepto de la caridad cristiana, ni se vive conforme a él en la práctica cotidiana».

Es preciso «volver a una *vida más modesta*; renunciar a los placeres, muchas veces hasta pecaminosos, que el mundo ofrece hoy en tanta abundancia; olvidarse de sí mismo por el amor del prójimo».

### Cruzada de oración y de penitencia

Además del precepto de la caridad, no hay que olvidar que ésta «nunca será verdadera caridad si no tiene siempre en cuenta la justicia». «Una caridad que pide al obrero del salario a que tiene estricto derecho, no es caridad, sino un vano nombre y una vacía apariencia de caridad», porque «la caridad y la justicia imponen deberes, con frecuencia acerca del mismo objeto, pero diversos aspectos; y los obreros, por razón de su propia dignidad, son justamente muy sensibles a estos deberes de los demás que dicen relación a ellos». Precisamente por el olvido de tales deberes una parte de los trabajadores han perdido la confianza en la Religión de Jesucristo. «¿Cómo juzgar a los patronos católicos que en algunas partes consiguieron impedir la lectura de nuestra encíclica *Quadragesimo anno* en sus iglesias patronales?» «¿Y no es de lamentar que el derecho de propiedad reconocido por la Iglesia haya sido usado algunas veces para defraudar al obrero de su justo salario y de sus derechos sociales?»

La justicia social exige que los obreros tengan asegurado «su propio sustento y el de sus familias con un salario proporcionado a este fin»; que se les facilite «la ocasión de adquirir alguna modesta fortuna, previniendo así la plaga del pauperismo universal»; que se tomen «precauciones en su favor, con seguros públicos y privados para el tiempo de la vejez, de la enfermedad o del paro». Los trabajadores, por su parte, «deben acordarse de sus obligaciones de caridad y de justicia para con los patronos, y estén persuadidos de que así pondrán mejor a salvo sus propios intereses».

La prensa católica tiene también un gran papel en la lucha contra el comunismo, sobre todo dando a conocer «cada vez mejor la doctrina social de un modo vario y atrayente; informar con exactitud, pero también con la debida extensión acerca de la actividad de los enemigos, y describir los medios de lucha que se han mostrado ser los más eficaces en diversas regiones; proponer útiles sugerencias y poner en guardia contra las astucias y engaños con que los comunistas procuran, y con resultado, atraerse a sí aun a hombres de buena fe».

Todo lo dicho no sería, sin embargo, suficiente. Porque —recuerda el Pontífice— «si el Señor no guardare la ciudad, en vano vigile el centinela». «Por esto, *como último y poderosísimo remedio* —prosigue el Papa—, os recomendamos, Venerables Hermanos, que en vuestras diócesis promováis e intensifiquéis del modo más eficaz *el espíritu de oración, unido a la penitencia cristiana*».



Y sigue diciendo: «Cuando los Apóstoles preguntaron al Salvador por qué no habían podido librar del espíritu maligno a un endemoniado, les respondió el Señor: «Tales demonios no se lanzan más que con la oración y el ayuno». *Tampoco podrá ser vencido el mal que hoy atormenta a la Humanidad sino con una santa cruzada universal de oración y de penitencia; y recomendamos singularmente a*

las Ordenes contemplativas, masculinas y femeninas, que redoblen sus súplicas y sacrificios para *impetrar del cielo una poderosa ayuda a la Iglesia en las luchas presentes, con potente intercesión de la Virgen Inmaculada, la cual, así como un día aplastó la cabeza de la antigua serpiente, así también es hoy segura defensa e invencible "auxilio de los cristianos".*»

José-Oriol Cuffi Canadell

Actualidad de las ideas que CRISTIANDAD difunde

## A propósito del libro «El trabajo y el hombre»

Hace ya bastante tiempo que soplan sobre España corrientes de pensamiento procedentes de Buenos Aires. La Capital argentina se nos muestra, así, como centro de intensa actividad intelectual.

De allí llegó, por ejemplo, en 1945, la traducción española de la obra «Le Travail et l'Homme», uno de cuyos párrafos vamos a comentar ahora. Nos decide a hacerlo un hecho que no creemos fortuito: el ser *el único párrafo* de la misma que la revista argentina «Civilización» transcribe en una nota bibliográfica que le dedica.

Nuestro intento, en este momento, es diverso del de una nota bibliográfica, y no dudamos que de mayor interés para nuestros lectores: *mostrar la actualidad de alguna de las ideas en que CRISTIANDAD viene reiteradamente insistiendo*. El párrafo en cuestión dice:

«La distancia entre la idea del trabajo, cada vez más magnificado, y la experiencia del trabajo, cada vez más duro, se hace cada vez mayor, y ello constituye el drama de la conciencia obrera, drama doloroso que el comunismo ha explotado quizá, pero que en verdad no creó... Estas contradicciones entre la idea y la experiencia del trabajo bastan para explicar el nacimiento y crédito de las filosofías socialistas sin la intervención de una conjuración permanente de los malos contra los buenos, Mito perezoso de los Pensadores Buenos, ridiculizados en alguna ocasión por Maritain.»

A falta del extenso comentario que merecería el tema, digamos tan sólo ahora que:

a) Se está produciendo y fomentando realmente una cruel distanciamiento entre la idea del trabajo, cada vez más magnificado hasta llegar con frecuencia a una pagana adulación del mismo, y la dureza que le imponen de hecho las condiciones morales y materiales en que se desenvuelve.

b) El comunismo no se ha limitado a explotar este drama, sino que lo ha agudizado hasta el paroxismo, ni que fuera tan sólo elevando a *tesis* el materialismo que sufrimos.

Al lado de esto, nos parece tener una importancia secundaria que sea o no el comunismo quien haya originado este drama; si él no lo ha originado, tanto peor para el liberalismo, que CRISTIANDAD considera todavía hoy como el enemigo número uno de la civilización cristiana.

c) ¿Puede concluirse de lo dicho que *basten* estas contradicciones entre la idea y la experiencia del trabajo para explicar el nacimiento y crédito de las filosofías socialistas? Y aun suponiendo que *en abstracto* bastaran, ¿la

aparición histórica y concreta de las mismas se explica tan sólo por estas causas o bien «la intervención de una conjuración permanente» debe reputarse como un factor histórico esencial en su difusión y triunfo en la sociedad?

d) No nos duelen prendas: concedamos más todavía. Concedamos que el recurrir a esta explicación por parte de los Pensadores Buenos (no, de los «buenos pensadores», sino de los «pensadores buenos», de los pensadores piadosos e ingenuos que avanzan por el mundo con el corazón encogido por temor a las acechanzas del Diablo), concedamos que esta solución pueda ser en determinados casos una «solución perezosa»; ¿justificaría todavía esto el nombre de *mito* con que se pretende ridiculizarla, a la zaga, según dicen, de Maritain?

\* \* \*

El problema es suficientemente serio para que escritores católicos no lo despachen con tanta ligereza desde el momento que los Romanos Pontífices no tan sólo han tomado en consideración este «mito de una conjuración permanente de los malos contra los buenos», sino que *lo han divulgado con empeño*.

Esta conjuración permanente no ha ejercido su actividad en el solo campo económico: su alcance es muy superior; mas ello no quiere decir que las condiciones económicas y sociales que ha preparado el liberalismo no le hayan ofrecido insospechadas posibilidades:

«El antiguo Tentador, escribe Pío XI en su Encíclica «*Divini Redemptoris*» contra el comunismo, nunca ha desistido de engañar a la humanidad con falaces promesas. Por esto en el curso de los siglos se han ido sucediendo unas a otras las convulsiones hasta llegar a la Revolución de nuestros días, desencadenada ya o amenazante, puede decirse, en todas partes, y que supera en amplitud o violencia a cuanto se llegó en las precedentes persecuciones de la Iglesia.

»Pueblos enteros están en peligro de caer de nuevo en una barbarie peor aun que aquella en que yacía la mayor parte del Mundo al aparecer el Salvador.

»Este peligro tan amenazador, ya lo habéis comprendido, es el comunismo bolchevique y ateo, que tiende a derrumbar el orden social y a socavar los fundamentos mismos de la Civilización cristiana.»

Esa «difusión tan rápida de las ideas comunistas que se infiltran en todos los países, de modo que ningún rincón

## A GUISA DE TERTULIA

de la tierra se ve libre de ellas», ¿será, según el pensar pontificio, *mera consecuencia* de determinadas condiciones económicas, *o es hija de un plan y de una conspiración?*

Por si no bastara lo anterior, sigamos leyendo en el mismo documento:

«Ella se explica por una propaganda *verdaderamente diabólica* cual el Mundo tal vez jamás ha conocido; propaganda dirigida desde un solo centro y adaptada habilísimamente a las condiciones de los diversos pueblos; propaganda que dispone de grandes medios económicos, de gigantescas organizaciones, de congresos internacionales, de innumerables fuerzas bien adiestradas...»

Recurrámos todavía a documentos más recientes. Los lectores de CRISTIANDAD recordarán, seguramente, este pasaje de Pío XII en la Encíclica «Summi Pontificatus», que hemos reproducido en otras ocasiones:

«El procurar la difusión del Reino de Dios, a la que están obligados cuantos la gracia del Señor arrancó de la esclavitud de Satanás... equivale en nuestros días a tener que luchar con *oposiciones y obstáculos vastos, profundos y minuciosamente organizados* como jamás lo fueron en circunstancias anteriores...»

En un discurso del 20 de abril del pasado año, dirigido a los Jóvenes de Acción Católica italiana, decía:

«Hace más de un siglo que *un trabajo insidioso, sistemático y constante* ha procurado minar más profundamente que con una acción violenta la cultura cristiana del pueblo italiano. Hoy piensa que su trabajo está suficientemente adelantado para poder ya lanzarse al asalto definitivo, y ciertamente que ninguno de nosotros se hace la menor ilusión acerca del alcance y sentido de ciertos sucesos de que somos testigos...»

Un par de meses antes, el 20 de febrero, en el Consistorio celebrado después de la promoción de los nuevos Cardenales, el Papa dice, en cierto momento, que habla, no sólo a los católicos, sino a todos los hombres de buena fe aunque no pertenezcan a la Iglesia; mas no, añade, «A LOS QUE SON ESCLAVOS DEL PADRE DE LA MENTIRA».

Luego existen esclavos del «Padre de la mentira»; esclavos, fijémonos bien, hombres que le pertenecen en cuerpo y alma. Mas si esto es así, si esto es una realidad y no un «mito», preguntamos: ¿quiénes son los ingenuos: los «Pensadores Buenos» que aceptan con seriedad y reflexión estas reiteradas advertencias pontificias, o aquellos que, pasándose de listos, las rechazan y desprecian?

¿Quién negará que su actitud es, por lo menos, desorientadora? Y en este caso, ¿es de extrañar que la miremos con desconfianza?

Jaime Bofill

---

## NOTA BIBLIOGRÁFICA

Editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, acaba de aparecer el libro «El niño abandonado y delincuente», original de don José J. Piquer y Jover, Asesor de Pedagogía del Laboratorio Psicotécnico de la Junta Provincial de Protección de Menores de Barcelona. En él se exponen algunos dolorosos problemas del niño español de postguerra.

Además de los temas que indica el título de la obra, se analizan, por primera vez en nuestro país, desde el punto de vista moral, los efectos de la revolución y de la guerra civil, y se estudian psicológicamente los casos

del hijo de preso político y del muchacho repatriado. Cierra el trabajo un repertorio bibliográfico sistematizado que contiene unos dos mil quinientos títulos.

Al decir de los críticos, constituye esta obra una aportación del sentir cristiano a la abundante literatura que sobre estas cuestiones surge de los países que vivieron más de cerca la pasada conflagración.

Este tan interesantísimo libro contiene extractos en inglés y francés y está avalado con un magnífico prólogo del eminente psicólogo Reverendo P. Fernando M.<sup>a</sup> Palmés, S. J.

CON CENSURA ECLESIASTICA

---

---

# Cuevas de Artá

MALLORCA

---

---



---

---

Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas  
Cuevas de Artá

---

---

# ESTUDOS

*REVISTA DE CULTURA  
E FORMAÇÃO CATÓLICA*



Couraça de Lisboa, 28

COIMBRA (Portugal)

# PASTOR ANGELICUS

El film que todos los católicos  
desean volver a ver

Se proyectará  
toda la SEMANA SANTA  
en Barcelona, en los cines  
Astoria, Atlanta, Avenida,  
Gloria, Cinemar, Cine  
Comedia, Cine Padró, Lido  
y Martinense

Y posiblemente en otros locales  
(consultar cartelera)

